

CONQUISTA ESPACIO

10, SATELITE DE CASTIGO

Ralph Barby

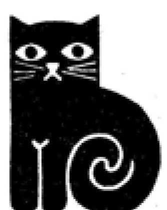
CIENCIA FICCION

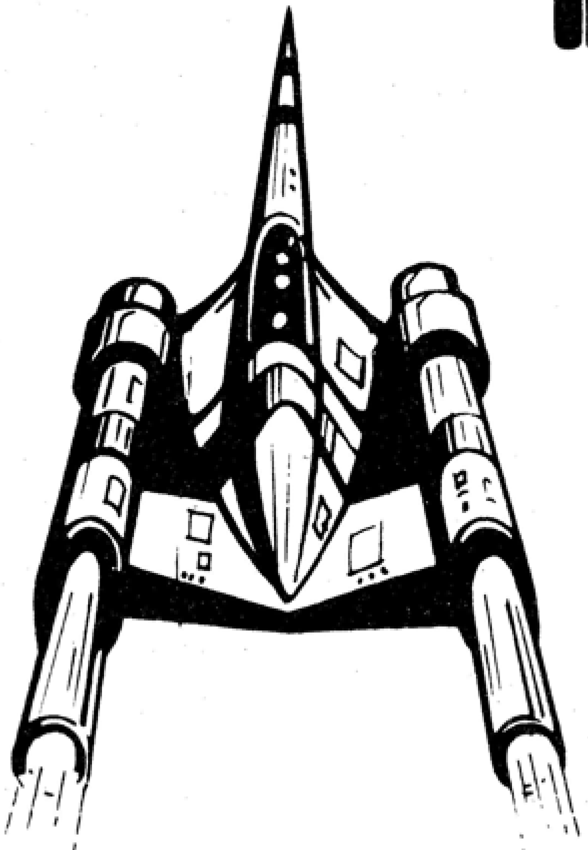


10, SATELITE DE CASTIGO

Ralph Barby

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

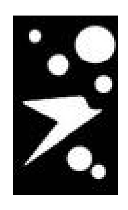
1. —Nuestros pequeños visitantes, *Lou Carrigan*.
2. —Esfinge cósmica,*Curtis Garland*.
3. —Galaxia al rojo vivo, *Clark Carrados.*
4. —Los malditos seres de Gogón, *Ralph Barby*.
5. —La caída del dios Urdung, *Ralph Barby*.
6. —Desertores del futuro, *Clark Carrados.*

1.

RALPH BARBY

10, SATÉLITE DE CASTIGO

Colección LA CONQUISTA DEL ESPACIO n. º 715Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal: B 22.516–1984

Impreso en España – Printed in Spain

2. ª edición en España: junio, 1984

1. ª edición en América: diciembre, 1984

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela,

así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, km 21,650) Barcelona – 1984

CAPÍTULO PRIMERO

Las bailarinas, exóticas y sensuales, evolucionaban por la pista en forma de trébol.

Aquél era un espectáculo que no había variado en milenios, desde el tiempo de los faraones pasando por el de los romanos, los musulmanes o las ya lejanas épocas del París del siglo XX.

Piedras multicolores, sacadas de quién sabía qué planeta o asteroide y el metal suficiente para engarzarlas, cubrían los esbeltos y atractivos cuerpos femeninos.

El capitán Hut Fireman sabía que aquellas lindas criaturas eran todo un prodigio de la técnica médicoplástica que tuviera sus albores en el siglo XX. Ni la más bella mujer podía tener aquellas medidas tan perfectas desde las uñas de los pies a las curvas de todo su cuerpo o las cuencas de sus ojos, pasando por los matices polícromos de sus sedosos cabellos, pero, ¿qué importaba, si eran hermosas?

—Hut, si te quedas junto a mí tendrás los interdólares que quieras y vivirás sin preocupaciones.

La cabeza rubio ceniza de Fireman destacaba por encima de los demás clientes de aquel cabaret en directo y por tanto, muy lujoso y caro, pues la mayoría de las salas de diversión eran con grandes pantallas a todo color y tridimensionales en las que se podía admirar el mismo espectáculo que él estaba viendo con sus propios ojos. Laika, la propietaria del local que se hallaba junto a él y que era quien acababa de hablarle, poseía toda una cadena de salas de diversión extendidas en todas las ciudades base-terrestre de Ganymedes. En todas podía verse la misma atracción que allí se daba en directo gracias a las cámaras teletrivisivas que lo estaban captando y emitiendo en circuito cerrado.

Laika aparecía tan hermosa y joven como si tuviera veinte años, pero Hut Fireman la conocía desde hacía tiempo y no le calculaba menos de cuarenta y cinco, claro que con muchos interdólares en el bolsillo se podía ser una momia egipcia y tener el rostro y las formas de Laika.

—Lo siento, encanto, pero no soy un sujeto pasivo. Espero que me ofrezcan una plaza de explorer. Se realizan grandes preparativos

para enviar la primera expedición fuera del sistema solar, un proyecto tan ambicioso como lo fue en su día la navegación de Cristóbal Colón o la del primer vuelo de Neil Armstrong a la árida y ahora bien conocida Luna.

Laika se sonrió, sarcástica e incrédula.

—Vamos, vamos, Hut, tú sabes bien que no te enviarán a esa misión interestelar. Tendrás que conformarte con haber sido uno de los mejores spaceman interplanetarios, pero no interestelares. No, no serás tú quien tenga esa suerte, mi amor.

Hut Fireman tenía ilusión, casi obsesión, por formar parte de la primera expedición terrestre interestelar. Irían al primer planeta azul desconocido después de la Tierra. Hasta entonces no se había descubierto vida inteligente, aunque sí alimañas de las más diversas clases, en los planetas hermanos de la Tierra e hijos de Papá Sol. ¿Qué hallarían en otros sistemas?

Hut Fireman sabía bien que su hoja de servicios estaba emborronada por unos incidentes que habían terminado dando con sus huesos en Ío, el satélite de castigo que giraba alrededor de Júpiter al igual que Ganymedes.

Jamás el hombre había conocido cárcel más perfecta que aquel satélite adonde iban a parar todos los convictos de la Tierra sin distinción de razas o credos.

Estaba abolida la pena de muerte, pero la sentencia de prisión en el satélite de castigo no había quien la revocara y si era a perpetua, con el agravante de trabajos pesados, se podía comenzar a llorar por la suerte de uno mismo.

—Algún día, los peces gordos me tendrán en cuenta, Laika, algún día, ya lo verás.

—No lo creo, Hut. Eres todavía un niño pese a tu apariencia de hombre fuerte, a tu experiencia, a tu inteligencia técnica. Todo el mundo sabe que el famoso capitán Fireman permaneció todo un largo año terrestre confinado en el satélite de castigo. Tus enemigos te echaron unos cuantos duchazos de publicidad negativa, mi querido Hut, y cuando se pierde el favor de los contribuyentes es difícil recuperarlo.

Hut lanzó una mirada al macroescote de Laika, quien se esmeraba por exhibir un busto que hubiera hecho fulgurar los ojos del más exigente sultán medieval.

—Tengo ambiciones, Laika.

—Ya, no te conformas con seguir en la nómina sin hacer nada como hasta ahora. Te fue revalidada tu condición de capitán de spacemen y cobras tu sueldo íntegro, claro que no regresarás a la ionosfera terrestre a menos que te coloques en una base comercial, en una cadena de charter's interplanetarios con boletos para visitar los lugares más turísticos de la Luna o Marte, ya que los vuelos turísticos comerciales, hoy por hoy, están prohibidos a otros planetas por falta de colonias suficientemente equipadas para absorber el turismo, siempre ávido de acaparar emociones que normalmente sólo se pueden vivir a través de los reportajes de las pantallas teletrivisivas.

Sarcástico, Fireman comentó:

—Muchas veces, en esos reportajes se captan detalles que a presencia viva pasan desapercibidos.

De pronto, el pequeño prisma que se alzaba en el centro de la mesa circular comenzó a emitir destellos azules. Laika pulsó el botón que había al pie del dictáfono.

—¿Quién llama?

—Llamamos al capitán Fireman. Es privado.

Con desgana, Hut apartó de sí la ardiente bebida con la que le obsequiaba Laika. Tomó uno de los brillantes y minúsculos auriculares sin cordón que habían sobre el prisma y se lo acercó al oído.

—Al habla el capitán Fireman.

Una voz grave, autoritaria, acostumbrada a mandar, le ordenó:

—Capitán, preséntese a la salida. Le esperamos.

Fireman, que había reconocido la voz del mayor Glower, inquirió:

—¿Tan urgente es que no puedo tomarme un whisky?

—Capitán Fireman, es una orden. No irá a olvidarse otra vez de que debe obediencia a la superioridad, ¿verdad?

Hut Fireman recordó muy bien por qué le habían confinado un año en el satélite de castigo, aunque en realidad la sentencia había sido de diez años por desobediencia a su superior inmediato en misión especial.

La tripulación de aquel vuelo sabía bien que de no haber desobedecido Fireman al comandante de la nave, tomando sus propias decisiones, hubieran perecido todos, pero si el veterano capitán Lotus era un inepto, ellos no tenían la culpa.

Naturalmente, había presentado la denuncia a la corte marcial y Fireman había sido sentenciado severamente a diez años en el satélite Ío.

Las declaraciones de los tripulantes de la nave y las ulteriores investigaciones sobre lo ocurrido habían demostrado la ineptitud del capitán Lotus, que había pasado a la reserva, viéndose privado de autoridad.

Ante las obvias razones por las que había tomado su decisión de desobediencia (que no llegó a motín, pues no había involucrado al resto de la tripulación y una vez efectuada la maniobra había continuado al mando del capitán Lotus, quien lo había encerrado en la celda de a bordo), Hut Fireman había sido liberado de su pena, pero el año pasado en Ío le había hecho mucho daño en su carrera de astronauta, ensuciando su hoja de servicios. Aunque rehabilitado, su acto de desobediencia y rebeldía no había dejado de pesar.

Ningún comandante de nave lo requería a su lado, aquel borrón lo dejaba inactivo. Sin embargo, tal como quedara demostrado, de no haberse rebelado contra la absurda orden dada por Lotus, ahora estarían todos muertos y eso era lo que más importaba.

«—No llegará usted jamás al generalato, aunque se le rehabilita, capitán Fireman —le había dicho el general Fermory cuando le entregara su documentación nuevamente en regla—. Otra desobediencia en misión especial y será expulsado del Cuerpo de spacemen»

«—Con todos los respetos, mi ambición no es llegar al generalato, sino a otros mundos, señor.»

—¿Qué te ocurre, Hut? Estás muy pensativo —dijo Laika a su lado, arrancándole de sus recuerdos.

Hut Fireman dejó el auricular sobre el prisma que ya no centelleaba y dijo:

—Me reclaman. Hace tiempo que no hago más que reportarme, decir que estoy vivo, cobrar mi cheque y marcharme, pero por lo visto ahora me necesitan y hoy no es día de pago.

—No te hagas ilusiones, Hut. Quizá te pidan que des una conferencia de viajes a un grupo de estudiantes que se hallan a punto de iniciar algún viaje a la Luna.

—Es posible, Laika, pero me llaman y eso ya es importante para mí. Por lo menos, no han enviado recado de aviso al cementerio, creyendo que ya había muerto.

Laika tuvo el presentimiento de que aquel hombre, del que tanto ella como otras mujeres estaban perdidamente enamoradas, un hombre de hablar cínico y sarcástico, pero en el fondo triste y nostálgico de sus misiones que tantas emociones y popularidad le habían dado, iba a escapar lejos. Ligeramente nerviosa dijo:

—Hut...

—¿Qué te ocurre, Laika?

—¿No me das un beso antes de marcharte? A lo peor no nos vemos hasta mañana.

—Sí, cómo no.

El hombre la besó en los labios y ella correspondió con tanta vehemencia que, al separarse de él, Fireman comentó:

—Cuidado, que me han pedido que me presente entero.

En la puerta del local le aguardaban dos hombres uniformados que le saludaron militarmente.

Eran dos cabos de relaciones públicas que lo condujeron hasta un «atom-hover», aquel magnífico vehículo que en el siglo XX inventaran los británicos con el nombre de «hovercraft» y que tanto había evolucionado con óptimos resultados.

El mayor Glower le esperaba en los asientos posteriores del aparato.

—Hola, mayor. ¿A qué tanta prisa?

—Nada puedo decirle ahora, capitán Fireman. Nos dirigimos a la base C.D.M.

—¿Al Centro de Defensa Mundial?

—Sí, a nuestro cerebro de defensa policial y militar, pero no siga preguntando. Tengo orden de no responderle.

Hut Fireman se arrellanó en el mullido asiento, mientras el «atom-hover» despegaba del suelo para tomar una altura de diez pies y salir a la velocidad de mil millas hora.

La caja computadora del vehículo les puso en la ruta deseada, guiándose por el radar y las señalizaciones fotoeléctricas de ultrasensibilidad. Antes de llegar a un cruce de las aeropistas, el «atom-hover» era desviado oportunamente por el control automático.

El hombre, por sí mismo, era incapaz de controlar un «atom-hover» a aquellas velocidades ultrasónicas y a tan escasa distancia del suelo, sólo diez pies de altura. Sólo el piloto automático podía gobernarlo.

Hacía ya más de un siglo que los accidentes no podían imputarse a errores humanos.

Ganymedes, con sus cinco mil seiscientos kilómetros de diámetro y su órbita media de un millón sesenta y ocho mil kilómetros alrededor de Júpiter, era el astro más idóneo para ser habitado por el hombre terrestre y desde el cuarto satélite de los doce que tenía el planeta, podía controlarse todo el sistema de Júpiter, sirviendo a su vez de puente para proseguir los viajes interplanetarios más lejanos.

Para las naves terrestres era difícil y costoso luchar contra la atracción del planeta Júpiter, el mayor del sistema solar y por ello su luna, Ganymedes, servía de estación intermedia.

Ganymedes había sido escogido por el hombre entre otras muchas cosas porque su atmósfera era la más parecida a la de la Tierra y resultaba rica en oxígeno. Aunque al igual que sus hermanos recibía la luz solar, eran astros tan fríos como el propio Júpiter con sus heladísimas temperaturas.

En la primera exploración de Ganymedes había sido descubierta una gran capa de hielo que formaba unos tres séptimos de todo el satélite. Gracias a las enormes cantidades de ío-plutonio 2.000, halladas en el satélite Ío del cual había recibido parte de su nombre, se habían podido montar mancrocalentadores nucleares que derretían el hielo, convirtiendo aquellos tres séptimos de superficie blanca del satélite en mares azules y templados. Se había instalado toda una cadena de aquellos termo-atómicos a lo largo del satélite con reguladores de temperatura dejando que el agua, hasta el mismísimo fondo del planeta muerto, se calentara templando todo el astro.

Algunos gases pasaron del estado de licuación al gaseoso, dilatándose. La atmósfera, gracias a la labor del hombre y a su técnica,

se hizo respirable hasta quedar regulada al igual que la de la Tierra.

No había sido fácil aquel logro de vida y habitabilidad en el satélite Ganymedes, había costado décadas de grandes esfuerzos y pérdidas humanas, debido a accidentes y agotamientos.

Se habían llevado desde la Tierra peces que pudieran tomarse como alimento al igual que animales domésticos y creado extensas plantaciones en un astro donde apenas un siglo atrás sólo había frío y silencio.

En Ganymedes, el hombre había logrado sus sueños no conseguidos en la Luna terrestre, de atmósfera hostil, carente de agua y con gravedad muy inferior a la de la Tierra. En cambio, la de Ganymedes era algo menos de la mitad terrestre y a ella todos se habían acostumbrado perfectamente.

Hut Fireman, acomodado en su asiento del «atom-hover» que le transportaba a través de aquellos vastísimos campos de frutales, cereales y los más diversos vegetales, perfectamente alineados y cuidados al máximo por los agrocientíficos, plantaciones donde no crecía ni estorbaba la más microplanta negativa, pensó en cuán distinto era Ío, el satélite de castigo.

Allí no se había podido conseguir un cielo azul como el de Ganymedes con su atmósfera provocada por su macrosistema calefactor atómico.

En Ío, el cielo era amarronado, a veces tomaba un color más verdoso, según la época del año y la causa de ello eran los gases nitrogenados y de cloro que no se habían podido eliminar, pese a las plantas depuradoras de aire que proporcionaban una sobredosis de oxígeno en los lugares de trabajo de los condenados.

Todas las cárceles del hombre terrestre se habían unificado en una, borrando las demás de todo el sistema, incluyendo la Tierra, la Luna y Marte.

Por supuesto, en el satélite Ío habían hombres y mujeres no castigados: Los cancerberos de los presidiarios con toda su administración; los científicos que controlaban la base, su técnica, la alimentación de los reclusos y demás personas que habitaban en Ío y finalmente el grupo de médicos, que, con su ciencia y sus medios, trataban de recuperar para la sociedad a los presos mediante psicoterapias avanzadas unidas a ondas destructoras de las células malignas que convertían al hombre en un ser dañino para sus semejantes. Estas técnicas eran muy arriesgadas y sólo podían

emplearse en los presos que se ofrecían voluntarios para ello.

Fireman había visto cómo compañeros suyos de presidio que habían sido tratados y recuperados para la sociedad habían perdido un gran tanto por ciento de su inteligencia evolutiva.

De seres dañinos y psicopáticamente asesinos se convertían en los vulgarmente llamados borregos. La sociedad les daba un puesto de trabajo y vivían tranquilos el resto de sus días. Algunos, incluso, perdían su poder de procreación, por ello muchos de los presos preferían seguir condenados el resto de sus días en el inhóspito astro a someterse a aquellas curas experimentales.

Desde hacía muchos años, la ciencia humana luchaba por conseguir su objetivo sin mermas para los tratados.

Hut Fireman, fue arrancado de sus meditaciones al detenerse el «atom-hover» en el parking del cuartel general del Centro de Defensa Mundial, el segundo en importancia, ya que el primero se hallaba en la propia Tierra.

—Capitán Fireman, hemos llegado. Sígame —le ordenó el mayor Glower.

Fireman, que conocía bien el recinto, se colocó a la derecha del mayor y por la rampa de descenso penetraron en el interior del C.D.M.

CAPÍTULO II

El general Fermory en persona les recibió en su despacho. Junto a él se hallaba sentado otro hombre que vestía el uniforme de las fuerzas militares activas interplanetarias con la graduación de coronel.

Resultaba un hombre todavía joven, pero de rostro duro. Su boca era una línea fina y su frente, muy tersa, no presentaba pliegues que hubieran podido producirse por la preocupación. Debía de ser un hombre de decisiones rápidas y tajantes, sin reflexiones posteriores, actuando casi como una computadora deshumanizada.

—Hola, mi general. Creí que no volveríamos a vernos en su despacho —dijo Hut Fireman con ironía.

Antes de que hablara el general lo hizo el coronel, un desconocido para Hut, un militar posiblemente recién llegado de la Tierra.

—Observo que padece usted una degradación de la disciplina militar, capitán Fireman. Debe de emplear otro tono y otras palabras con su superior, máxime tratándose de un general, claro que no se puede esperar mucho de quien ha pasado un confinamiento en Ío.

Fireman clavó su mirada verdosa en el coronel y desde el primer instante comprendió que jamás podría llevarse bien con aquel hombre altivo, orgulloso y ofensivo gracias al privilegio que le concedía su alta graduación.

El general Fermory intervino para suavizar la tensión inicial. No le habían gustado las palabras del coronel, pero comprendía que no podía rebatirlas, ya que estaba en su derecho de hacer aquella observación si seguía estrictamente el riguroso código de la milicia espacial.

—Mayor Glower, capitán Fireman, el coronel Dimitry.

—Ya nos conocemos, mi general —observó el mayor Glower.

El coronel Dimitry asintió:

—Es cierto. Estuvo usted bajo mi mando hace unos cinco años en la Luna terrestre, en un problema que hubo de separatistas entre los nuevos selenitas.

—Así es, señor —asintió el mayor Glower, agregando—: Dominó usted totalmente la insurrección de los nuevos selenitas.

—Sí, ocurre que cada vez que se coloniza un astro nuevo, la tercera generación que nace en dicho astro adquiere unas mutaciones que le equilibran para una mejor vida a las circunstancias del planeta, gravedad, atmósfera, etcétera, mutaciones que incluso les diferencian físicamente del resto de los humanos. Ello les hace albergar la estúpida pretensión de que son ya de una raza distinta y con todos los derechos para apropiarse del astro en el que han nacido, haciéndose independientes al estilo de las antiguas independencias conseguidas en Estados Unidos, South África, Rhodesia, etcétera, independencias que por suerte se pierden en la historia. Actualmente todos somos terrestres aunque tengamos distintas características físicas por efecto de las aclimataciones astrales. Hay que abortar todo brote de independencia y cuando por los innumerables avances técnicos deberíamos gozar de una paz estable, cuando en la Tierra ya no hay guerra alguna que la perturbe, paradójicamente, es cuando surgen más y mayores conflictos.

—Me hallaba en Ío, el satélite de castigo, como usted bien me ha recordado, mi coronel, cuando ocurrió el brote de independencia de los nuevos selenitas. Algo oí sobre lo ocurrido.

—¿Ah, sí, capitán Fireman? No estaba al corriente de que a los encarcelados en Ío les dieran todas las informaciones militares.

—No, mi coronel, no pasan noticiarios con las últimas informaciones militares. Ío es un satélite de castigo con todos los agravantes, pero sí arribaron un grupo de nuevos selenitas para ser confinados.

—Sí, ya recuerdo. Los prisioneros capturados fueron severamente sentenciados y enviados a Ío por el resto de sus días la mayor parte de ellos.

—Es cierto, mi coronel, pero estos confinados son los que contaron la masacre que se cometió con ellos por las fuerzas de la milicia espacial.

—Sólo se hizo lo que se debía. ¿No es cierto, mayor Glower?

El mayor Glower no respondió, ni siquiera movió la cabeza. De

su actitud podía deducirse que no estaba conforme con lo ocurrido en el aborto de independencia de los nuevos selenitas.

El general Fermory, dándose cuenta de que el ambiente se tensaba más por segundos, intervino:

—Creo que, hechas ya las presentaciones, podemos ir al grano del asunto.

—Le escucho, mi general —asintió Hut Fireman, que no tenía más deseos de seguir hablando con el coronel Dimitry.

—Hemos perdido la comunicación con Ío. El satélite de castigo sólo nos envía un total y cerrado silencio.

—¿Ha ocurrido algún cataclismo en Ío, mi general?

—No. Nuestros sismógrafos allí instalados lo hubieran advertido.

—No puede ser otra cosa que la rebelión de los allí confinados —observó con desprecio el coronel Dimitry—. Este es un problema de la milicia espacial activa y no de un pasivo miembro de los exploradores del espacio como usted; capitán Fireman.

Fireman replicó:

—Quizá el general Fermory tiene una opinión distinta de la suya, mi coronel.

El general Fermory carraspeó. No podía hacer otra cosa que seguir adelante, pese a darse cuenta de que estaba aparejando a un perro y a un gato.

Fireman, en el fondo, era un eterno rebelde y el coronel Dimitry, el granito de la disciplina militar, carente de humanidad. El acero era más flexible y dúctil que él. —Todos tememos que, en efecto, como bien ha apuntado el coronel Dimitry, sea una rebelión de los presos que se han adueñado de Ío o por lo menos de los centros de emisión y recepción. Nuestros emisores les envían llamadas de alerta, pero ellos no responden en absoluto. Ignoramos totalmente cuáles son sus pretensiones o decisiones. Nadie sabe lo que está ocurriendo en el satélite Ío. Como ustedes saben, ninguna nave de clase alguna, sin autorización especial, puede acercarse a la órbita de Ío, como está mandado en el reglamento, no hay ninguna nave en el space port de Ío. Allí viven por sus propios medios y no hay forma de salir. Sólo arriban las naves que llevan a nuevos presos y liberan a los que ya han cumplido sus sentencias. Esas mismas naves son las que se utilizan

para el transporte de cuanto les hace falta y no puede fabricarse en Ío, renovando también el personal de servicio en Ío, como científicos, médicos, burócratas o simples vigilantes de prisión. Por el momento se ha cortado el envío de estas naves a Ío. En estos momentos hay una nave detenida en Ganymedes con presos a bordo, medicamentos, otros productos y personal de relevo, pero no podrá despegar de Ganymedes rumbo a Ío hasta que se les autorice. Ignoramos lo que ha ocurrido al personal que se halla en Ío y no está preso, naturalmente.

—Es posible que, en el motín, esos presidiarios hayan asesinado a todo el personal y estén esperando la arribada de una nave para intentar escapar en ella.

—Me temo, mi coronel, que los que se hallan confinados en Ío no están allí por estúpidos, sino por otros delitos.

Pese a su sangre fría, aquella réplica debió de indignar tanto al coronel Dimitry que no pudo disimular un ligero enrojecimiento de sus mejillas.

—¿Qué ha tratado de decirme, capitán Fireman?

—Que si lo que desean los supuestos amotinados es escapar del satélite Ío, sólo habrán asesinado a los indispensables y a los demás los mantendrán como rehenes para luego exigir la libertad de unos por su propia libertad. Tampoco creo que su intención sea la de quedarse solos en Ío. Es un planeta hostil y no autosuficiente como Ganymedes. En unos años de no recibir ayuda del exterior terminaran por morir totalmente. No, por mucho ío-plutonio 2.000 que posean en sus yacimientos no pueden vivir solos.

—Y si no se proporciona a Ganymedes, este astro que estamos habitando ahora, el ío-plutonio 2.000 que necesita para la subsistencia, esos presos se saldrían con la suya.

Esta vez, quien puso objeciones a las palabras del coronel fue el propio general Fermory.

—Eso, por suerte, no podrá ocurrir. Existe un stock de ío-plutonio 2.000 en los almacenes del subsuelo de Ganymedes que nos aseguran una vida de tres lustros. En cambio, Ío, sin ayuda exterior, no resistiría más allá de dos años terrestres.

—Sí, sí —admitió Dimitry aunque a regañadientes—, pero todo hay que tenerlo en cuenta. Quizá los amotinados de Ío piensen que no existe ese stock que yo mismo desconocía y nos amenacen con la muerte de Ganymedes. Ellos saben que si la energía se acaba en

Ganymedes vendrá de nuevo el frío, ya que la energía solar que llega hasta aquí no es suficiente. Los mares de Ganymedes se convertirían de nuevo en hielo y hasta la atmósfera se condensaría, haciéndose el astro inhabitable.

—Señores —cortó el general Fermory—, no están reunidos aquí para polemizar, sino para entrar en acción y resolver el conflicto cuanto antes.

—Si me deja arreglar este asunto a mi manera, general, tardaremos muy poco en reducir a los presos amotinados y darles un escarmiento.

—Seguramente hay vidas inocentes como rehenes —cortó Fireman—. Además, cuando se produce una rebelión, todos los presos no participan y entre los participantes, no lo hacen todos en el mismo grado. Por tanto, el castigo o la represión no puede ser la misma.

—Por lo visto, capitán Fireman, está usted muy bien enterado de cómo se producen las rebeliones entre los presos.

—Caballeros, la misión se llevará a cabo como yo ordene. Usted, coronel, comandará sus fuerzas de la milicia espacial activa. Usted, mayor Glower, representará a este Centro de Defensa Mundial, es decir, a nuestra policía y a los centros civiles. Finalmente, usted, capitán Fireman, si acepta la difícil misión que voy a pedirle…

Fireman se adelantó, diciendo:

—Puede contar conmigo para lo que sea, general.

—No esperaba menos de usted, capitán Fireman, por ello he requerido su presencia. Ahora, escúcheme bien. Usted comandará un grupo de cinco hombres que le proporcionará el coronel Dimitry y descenderá al satélite sin ser visto. Se camuflará en Ío y observará lo que ocurre. Tratará de sacar el máximo partido de su inspección y la comunicará a la nave insignia, donde se hallarán el coronel y el mayor. Según sus observaciones, decidirán. Si se ve en situación comprometida o es capturado, pedirá entrevistarse con los jefes de la rebelión y deberá hallar una fórmula de compromiso para que las cosas vuelvan a la normalidad.

—¿Pactar con los presos, mi general? —inquirió molesto el coronel Dimitry.

—A lo largo de la historia no será la primera vez que se pacte con unos presos amotinados. Suele ser una fórmula más eficaz que la

de derramar sangre inútilmente —hizo una pausa, agregando con gesto pesaroso y molesto—: Estaré aquí aguardando sus noticias. Si deben de tomar una decisión difícil y drástica no duden en llamarme. Ahora, buena suerte. Mayor Glower…

—¿Mi general?

—Manténgame informado siempre que Júpiter no se interponga entre Ganymedes e Ío, cortando las ondas de comunicación.

Los tres saludaron militarmente y abandonaron el despacho de la máxima autoridad del C.D.M. en Ganymedes, que era lo mismo que decir que el general Fermory era el segundo en todo el espacio dominado por el hombre.

CAPÍTULO III

El escuadrón de superfortalezas del espacio, compuesto por diez poderosísimas naves bien pertrechadas de armamento de ataque a gran distancia, seguido por cinco escuadrones de grandes naves de desembarco, repletas de hombres con sus equipos individuales, las baterías cañoneras láser y los super «atom-hover» blindados y reflexivos para evitar los disparos láser del enemigo, arribaron a la órbita del satélite Ío, tras recorrer los 648.000 kilómetros que separaban el uno del otro en línea recta y tras pasar en su recorrido cerca del satélite Europa.

Ya en órbita de Ío, las naves pertenecientes a la milicia activa del espacio no perdieron su formación, aunque se distanciaron lo suficiente entre sí para formar bloques en delta de a cinco que se equidistaron en derredor del astro, cercado ahora por aquel cinturón de poder destructivo.

Si su comandante en jefe, el coronel Dimitry, lo ordenaba, el planeta Ío sería totalmente destruido, ya que portaban en las naves suficiente material de ataque como para conseguirlo en cuestión de segundos.

Aunque jamás había llegado a emplearse aquella tremenda fuerza ofensiva que había terminado por llamarse «fuerza disuasora», se habían hecho pruebas con grandes asteroides errantes que habían penetrado de otros puntos de la Galaxia en la órbita solar, desintegrándolos.

A través de la gran ventana cinescópica del puente de mando de la nave insignia, el capitán Fireman observó la atmósfera de Ío.

Contempló su color característico, marrón, verde o rojizo, según las ocasiones. Recordó el año que había pasado confinado en el satélite de castigo, la dureza de su clima gélido, de su atmósfera enrarecida.

La carencia de libertad en las celdas-dormitorios, la ausencia de noticias, la locura de algunos que no resistían el encierro o el trabajo en las minas de ío-plutonio 2.000. Su gravedad inferior que contra lo que parecía, cansaba más a los hombres, pues obligaba a una

mayor tensión en los músculos, para evitar las caídas.

Hut podía ver también al gran Júpiter, con su enorme masa dominando a su satélite Ío, imponiéndole opresivamente su volumen y su masa.

No se sabía por qué, pero la cercana influencia del gigantesco Júpiter predisponía a la locura a un gran número de reclusos que llevaban mucho tiempo en confinamiento. Los científicos estudiaban aquel fenómeno que al parecer atacaba a la circulación sanguínea dentro de la masa encefálica, provocando dañinas presiones.

Un límite de cinco años no era nocivo, pero a partir de ese tiempo, con elevada frecuencia se presentaban psicopatías orgánicas. Por ello, el personal no recluso era renovado en un máximo de dos años, incluyendo al alcaide del planeta y a los vigilantes.

Las sentencias de reclusión que se dictaban eran rigurosamente estudiadas, condenando a los reos a los años justos, jamás ni a un solo día más de castigo.

Sólo en casos severísimos, hombres que en generaciones anteriores hubieran sido condenados a muerte, sobrepasaban los cinco años de reclusión.

La dureza de Ío era extremada, pero a la humanidad terrestre le hacía falta su ío-plutonio 2.000, mineral que tanto abundaba en el satélite y que había dado vida al propio Ío, a Ganymedes y hasta a la Tierra, salvándola de su exterminio por carencia ya de toda energía, debido al gran avance que se había logrado en el uso de la energía atómica.

El coronel Dimitry, con su altura superior a una cabeza por encima del mayor Glower, penetró en el puente de mando de la nave insignia.

—¿Han respondido a la llamada de alerta?

El oficial de telecomunicaciones respondió negativamente desde su butaca en el puesto de control frente al panel de emisores.

—No, mi coronel. Hemos dado ya cinco vueltas al satélite Ío, enviando la alerta y exigiendo una respuesta en diez frecuencias distintas, con intervalos de sólo veinte segundos, como ordena el código y no hay respuesta alguna. Es como si no hubiera nadie en los centros de telecomunicaciones o que sus instalaciones estén totalmente destruidas y se vean incapaces de responder.

Fireman y Glower clavaron sus ojos en el coronel Dimitry, que siguió preguntando:

—Las observaciones telescópicas e infrarrojas. ¿Qué resultados dan?

Una pantalla gigante teletrivisiva se iluminó. Todas las miradas convergieron en ella.

La cámara de observación, con sus potentes lentes de grandes diamantes sintéticos, obtenidos especialmente para aquellas cámaras, recorrió el satélite Ío.

En pantalla aparecieron las instalaciones del satélite de castigo, las bocas de las zonas mineras, las pobres plantaciones de las que se obtenían alimentos para los reclusos, el gran lago bien calentado, pero insuficiente para templar todo el astro, tal como se había conseguido en Ganymedes; En las antípodas de este lago (que antes de la llegada del hombre era una extensión de durísimo hielo) existía el mar del amoníaco, de unas dimensiones tan grandes como las del territorio de Texas, en Estados Unidos, compuesto por amoníaco helado, que los científicos trataban por todos los medios de mantener siempre solidificado para que no hiciera la atmósfera de Ío totalmente irrespirable.

La búsqueda de seres humanos por la cámara teletrivisiva a todo color, resultó infructuosa y el coronel Dimitry exclamó irritado:

—¡O no hay nadie en todo el satélite o se esconden como las ratas!

Fireman observó en voz alta:

—Si están abajo y no han muerto todos por quién sabe qué causa desconocida, estarán refugiados en el subsuelo, temiendo un ataque masivo de sus naves, coronel. No olvide que esas naves casi son visibles a simple vista, dado su gran tamaño. Además, las instalaciones del satélite Ío poseen el instrumental electrónico necesario para captar sobradamente nuestra arribada a su órbita.

—Si tanto nos temen, creo que será muy fácil terminar con este problema. El escuadrón de superfortalezas del espacio permanecerá en órbita para atacar si se hace necesario, mientras los cinco escuadrones de desembarco descienden para hacerse cargo de la situación, volviendo a los reclusos a sus celdas. Mantendremos el orden con dureza hasta que todo el personal ordinario ocupe sus puestos de costumbre en Ío.

—Me temo, coronel, que su decisión es arriesgada, Puede crear el pánico entre los supuestos amotinados y provocar el caos y una masacre.

—Tonterías. Esto es un simple juego de niños.

El mayor Glower observó por su parte:

—Opino también que es arriesgado tomar decisiones rápidas. Todavía ignoramos lo que está ocurriendo abajo y ese silencio tan sepulcral no augura nada bueno.

—Usted lo ha dicho, mayor Glower, silencio sepulcral, que equivale a muerte. Es posible que los amotinados se hayan autoexterminado en alguna forma que desconocemos.

Hut Fireman creyó oportuno puntualizar:

—Creo, coronel Dimitry, que se me ha encomendado a mí la misión de observar sobre el terreno antes de emprender una misión ofensiva y de represión.

—Vamos, vamos, capitán Fireman, ¿habla de ofensiva y de represión? Si abajo no hay nadie, véalo en la pantalla teletrivisiva.

—Todos sabemos que pueden estar escondidos, temiendo un ataque desde la posición orbital en que nos hallamos.

—Creo que lo más oportuno es enviar una nave de desembarco como observación. Nada de absurdos camuflajes.

El mayor Glower se apresuró a objetar:

—El general Fermory dijo que sería el capitán Fireman, al mando de cinco hombres, quien tomaría contacto con el satélite Ío, informando de la situación.

—El general Fermory está en Ganymedes y él desconocía la situación exacta. La verdad es que por mí enviaría abajo a todas las fuerzas de desembarco, pero les haré la concesión de mandar sólo una nave para que no se lo tomen como ataque, si es que en Ío hay alguien con vida.

—Coronel, opino que no está cumpliendo su parte en la misión que se le ha encomendado —Objetó el capitán Fireman— y con su decisión arriesga la vida de muchos hombres. Si sucede algo anormal, todo caerá bajo su entera y completa responsabilidad.

—Exactamente, capitán Fireman, bajo mi entera y completa responsabilidad. Por algo soy el comandante de la misión que nos ha traído al satélite de castigo.

Hut Fireman se sabía impotente ante aquel individuo orgulloso y despótico. Todas las naves estaban bajo su control, sólo a él le obedecerían y por ello la tajante orden saltó a las ondas sin que nadie pudiera anularla.

—¡Atención, atención, al habla el coronel Dimitry desde el puente de mando de la nave insignia! Atención, mantengan sus formaciones según el plan establecido. La nave M.S.A. 7B abandonará la órbita y descenderá directamente sobre el space port de nuestra base en Ío. Todos los datos los hallarán en las computadoras de ruta. Una vez establecido contacto aguarden nuevas instrucciones. ¿Entendido?

—Atención, atención, aquí el capitán Gordon de la nave de desembarco M.S.A. 7B, dispuesto a cumplir órdenes. La compañía de desembarco, con el armamento oportuno, esperará instrucciones una vez hayamos hecho contacto.

—Bien, capitán Gordon. Inicien el descenso al satélite. El momento creo que es óptimo, tendrán luz solar completa.

El coronel Dimitry abandonó el micrófono de órdenes para encararse con Fireman y Glower, con una ligera sonrisa de jactancia.

—Creo, coronel, que es arriesgado —objetó Glower—. Puede provocarse el primer choque con los supuestos amotinados. Usted ha negado la observación.

—Bah, nada puede ocurrir, la nave es invulnerable, En Ío, sólo hay baterías cañoneras láser como defensa y mis naves son reflexivas al láser. Mis hombres no abandonarán la nave una vez esté en el space port hasta que a través de las ondas o por micrófonos accedan a rendirse. En caso contrario, entrarían en acción.

—Atención, coronel —advirtió el segundo de a bordo en la nave insignia—. En pantalla tenemos localizada la nave de desembarco M.S.A. 7B, que abandona la formación para iniciar el descenso.

—Magnífico. Los hombres que lleva el capitán Gordon están altamente especializados en la milicia del espacio. Pueden luchar contra lo conocido y lo desconocido porque están preparados para ello. La milicia activa está orgullosa de ellos porque siempre han

cumplido con sus misiones sin una sola observación, capitán Fireman.

Hut Fireman encajó la observación como reconocido rebelde que era.

—Espero que le den el resultado apetecido, coronel Dimitry. Si es así, mi viaje hasta Ío habrá sido inútil.

—¿Inútil? Siempre es agradable pasar por los lugares donde uno ha vivido cierto tiempo de su vida.

—¡Atención, fíjense, fíjense en la pantalla! —gritó el mayor Glower—. ¡La nave es atacada!

Todas las miradas se centraron estupefactas sobre la pantalla en la que podía verse claramente, a todo color y en tres dimensiones, la nave de desembarco M.S.A. 7B.

La nave del capitán Gordon recibió cuatro impactos de dardos láser de veinte milímetros, que sin duda alguna procedían de las baterías cañoneras láser del satélite de castigo.

La nave, alcanzada de lleno, en décimas de segundo entró en ignición, primera fase de su desintegración en el espacio ante la mirada atónita e incrédula del coronel Dimitry.

Duró muy poco tiempo en pantalla la aniquilación de la nave con la consiguiente pérdida de vidas humanas, que sumaban algo más de un centenar.

—Coronel Dimitry, de esos hombres ya no se puede sentir orgullosa la milicia espacial activa. En todo caso, se sentía orgullosa de ellos. Han muerto todos.

—¡Por todos los demonios, no entiendo lo que ha ocurrido! La nave es reflexiva para evitar los dardos láser.

Hut Fireman puntualizó:

—Mi coronel, creo que se le ha olvidado que cuando se entra en la atmósfera existe el rozamiento que eleva la temperatura. Posiblemente, la estructura molecular de la capa reflexiva se modifica a la alta temperatura que tiene que soportar durante esos segundos de rozamiento, que son los que han aprovechado los supuestos amotinados de Ío, que al parecer los conocían muy bien. Su armamento es limitado, pero efectivo si es empleado por alguien que sepa mucho de láser. Un fallo por su parte, coronel. Debería haberlo previsto. Durante unos segundos, sus naves tienen vulnerabilidad a las

cañoneras láser del satélite.

—¡Maldita sea! Los aplastaré, los aplastaré a todos —rugió Dimitry.

—¡Mi coronel! —advirtió uno de los oficiales del puente de mando.

—¿ Qué ocurre ahora?

—Los dardos láser no han dejado señales infrarrojas... Deben de estar muy bien ocultos y podemos estar seguros de que sus emplazamientos originales, según tenemos señalado en el mapa, han sido cambiados. No hay ni rastro de ellos.

—¡Les daremos un escarmiento! —exclamó Dimitry, que se sentía mal ante la desintegración total de la nave que ordenara desembarcar en Ío.

—Coronel Dimitry, usted no hará nada semejante —advirtió Glower tajante—. Debe de comunicar lo ocurrido al general Fermory.

El coronel Dimitry palideció. Si notificaban lo ocurrido al C.D.M. podía recibirse la orden de su relevo de mando. Trató de salvar la situación suavizando su ira, su soberbia y su despotismo.

—Aguarde, mayor Glower, luego ya dará el parte correspondiente al general Fermory. Seguiremos al pie de la letra las instrucciones. Después de todo, una nave tenía que bajar a hacer una observación y ha sido destruida, lo mismo podía ser una que otra.

—Eso me consuela —objetó Fireman irónico.

—El asunto es grave. Una nave totalmente desintegrada, algo más que hará fruncir el ceño al general Fermory.

—No perderemos tiempo. Descenderé como estaba previsto con cinco hombres en una nave capsular dentro de la cual irá un «atom-hover» blindado. Intentaremos establecer contacto con los amotinados. Si todo falla, trataremos de averiguar los emplazamientos de sus baterías y si no es posible destruidas, daremos su situación para que ustedes las destruyan desde sus superfortalezas espaciales.

—Creo que es un buen plan —aceptó ladinamente el coronel Dimitry—. Es lamentable lo sucedido, pero no podíamos esperar menos de los amotinados del satélite de castigo.

—No obstante seguir el plan adelante, deberé comunicar lo

ocurrido al general Fermory —insistió el mayor Glower.

—Mientras lo hace, díganme a qué nave debo de trasladarme para hablar a los cinco hombres que me hacen falta y el material. Quiero saber, además, cuál será el momento óptimo para el descenso. Quiero establecer contacto precisamente en el lugar donde ellos no estarán.

——¿El mar del amoníaco? —preguntó el mayor Glower.

—Sí. Y cuando la noche en Ío sea absoluta.

—De acuerdo —aceptó el coronel Dimitry—. La computadora nos indicará exactamente cuántas horas faltan para que Ío se quede sin luz del sol y la reflejada por el planeta Júpiter al hallarse el satélite en la cara opuesta de Júpiter, que no recibe la luz solar, es decir, cuando Júpiter haga un eclipse de sol para su satélite Ío. Tendrá como veinte horas de noche y luego será de día por todas las caras ya que, como saben, Júpiter irradia tanta luz sobre su satélite que se puede leer a la perfección sin luz alguna.

—Suerte —deseó el mayor Glower.

El capitán Hut Fireman comenzó a ordenar su plan de descenso sobre el satélite de castigo.

La computadora le proporcionaría todos los datos que le hicieran falta. Después, ¿quién sabía? ¿Sería desintegrado como la nave de desembarco de la milicia activa?

CAPÍTULO IV

La pequeña nave de transbordo, pilotada por Fireman, abandonó la nave insignia dejando que la formación de superfortalezas del espacio pasaran junto a ella. La diminuta computadora de a bordo la guió hasta la M.S.A. 11B, a la que arribó sin dificultad.

El acoplamiento se realizó perfectamente. En la cámara de recepción se efectuó la recompresión del aire y la gravedad artificial permitió a Hut Fireman abandonar la micronave de transbordo orbital, pasando al puente donde el capitán Norman le recibió, saludando militarmente y estrechando su mano después.

—Bienvenido a bordo de mi nave, capitán Fireman.

—Gracias, capitán Norman.

A Fireman le bastó una sola mirada para comprobar que Norman era muy distinto al coronel Dimitry y deseó que toda la oficialidad de la milicia espacial activa fuera más parecida a Norman que a Dimitry.

—Aquí están los hombres escogidos para descender con usted al satélite Ío, capitán.

Fireman clavó su mirada en los cinco hombres, un teniente, Un sargento y tres cabos.

Eran atléticos, de miradas claras y bien entrenados.

—Magnífico, parecen excelentes. Espero que abajo, en las situaciones difíciles, no me decepcionen.

—No le decepcionaremos, capitán —dijo el teniente.

—¿Cuáles son sus nombres?

—El sargento Petrov, los cabos Kamura, Walter y Flanagan y un servidor, el teniente Dimitry.

—¿Dimitry? —repitió perplejo Fireman—. ¿Pariente del coronel Dimitry?

—Me honro en ser su hijo, capitán.

Hut Fireman pensó que si el hijo se parecía al padre, sus problemas no habían terminado al separarse del coronel. Después de todo, él no podía escoger a los hombres. Posiblemente, de la elección se había encargado el propio coronel Dimitry.

—¿Tiene la cápsula con el material necesario?

—Sí, mi capitán. Todo está preparado.

—Bien. Treinta minutos antes de la hora marcada para el descenso, que los cinco se hallen dentro de la cápsula. Debemos de aprovechar el tiempo.

Hut, molesto por el desastre de la desintegración de la nave de desembarco, causado por la soberbia del coronel Dimitry, se dijo que los amotinados estarían dispuestos a todo para hacerse fuertes en el satélite.

Conocía bien el satélite Ío, e incluso a algunos de los recluso s condenados a largos años de trabajos. Pensó también que él había perdido un año de su vida y muchas oportunidades en su carrera de spaceman por un hombre semejante al coronel Dimitry.

Llegó la hora y el capitán Fireman pasó a la cápsula de descenso, equipada en todos los sentidos para camuflarse en el cielo nocturno de Ío, un cielo en el que brillaban las estrellas lejanas, un cielo en el que se presentía la gran masa del planeta Júpiter, pero no podía verse.

—¿Todo listo? —preguntó a los cinco hombres, embutidos ya en la indumentaria espacial para emergencias.

—Todo listo, mi capitán —asintió el cien por cien miliciano Dimitry.

Fireman se colocó el casco espacial y la escotilla se cerró tras él.

Ocuparon sus respectivos asientos, se sujetaron los cinturones y todo quedó dispuesto para el descenso.

Los retrocohetes entraron en ignición y por una compuerta que se abrió en la panza de la gran nave de desembarco, escapó al espacio la cápsula de descenso, que mantuvo pocos segundos los cohetes retropopulsivos, iniciando la caída en vertical hacia el satélite.

La gran extensión del mar de amoníaco quedó a su vista. Jamás el hombre había conocido desierto más letal que aquel mar blanco, donde podía deslizarse con facilidad, pero en el que el más leve fallo significaba la muerte.

Tras cruzar las primeras capas atmosféricas, Hut Fireman, que controlaba la nave capsular con experiencia, puso en funcionamiento los atom-frenos y la velocidad de caída fue disminuyendo hasta establecer contacto sobre el mar del amoníaco con completa perfección y suavidad. La cápsula, en la toma de suelo, no sufrió la más leve vibración.

—Ahora no podemos comunicamos con nuestras naves mediante los emisores portátiles a menos que se haga totalmente indispensable o descubrirían nuestra arribada a Ío, aunque como recurso, siempre queda el emisor de infrarrojos láser para la telecomunicación. Nadie nos podría captar salvo el receptor al cual va dirigida la onda infrarroja, como ustedes saben. No debemos de separamos más que en caso de imperiosa necesidad. Utilizaremos el «atom-hover» mientras nos sea posible, por supuesto hasta cruzar en su totalidad el mar del amoníaco.

Los cinco hombres asintieron. No se les escapaba la hostilidad que iban a encontrar, lo difícil de la misión. Los supuestos amotinados se hallaban dispuestos a todo.

Abandonaron la cabina de la navecapsular y pasaron al piso inferior, donde aguardaba el «atom-hover» blindado. Penetraron en él.

Fireman pulsó el botón que abrió por la mitad la nave, dejando el «atom-hover» en libertad. Este, con un suave silbido, se puso en marcha, dejando atrás la cápsula. Después, se elevó casi una decena de pies sobre la superficie congelada del mar del amoníaco, un lugar donde la vida era totalmente imposible. Allí, la temperatura era tan baja que un hombre expuesto a ella se tornaría tan frágil como la más delicada porcelana. Un simple puñetazo bastaría para convertirlo en mil pedazos.

El «atom-hover» cruzó a gran velocidad los cientos de millas del mar del amoníaco. Todo era blanco en derredor. Era como hallarse en el Polo terrestre, pero aquel mar era cien veces peor en frío, en ausencia de oxígeno, en total carencia de vida.

Al fin el helado mar amoniacal terminó.

Ya más tranquilos al no correr el riesgo de quedar apresados en el desierto blanco, avanzaron sobre arenas y rocas.

En un espacio no inferior a las doscientas millas tampoco hallaron vestigios de vida. Todo lo que rodeaba el mar del amoníaco estaba muerto, pero al fin, los primeros síntomas de vegetación aparecieron ante ellos.

Hut Fireman observó:

—Hemos adelantado mucho y nos estamos aproximando a las zonas habitables. Disminuiré la velocidad y controlaré el «atom-hover» mentalmente.

Sentado frente al volante, miró a través del cristal parabrisas. Los cinco hombres de la milicia espacial activa observaron desde su espalda, también ellos querían ver. Era la primera vez que ponían su planta en Ío, satélite de castigo.

El teniente Dimitry clavó su mirada en el tablero de control y advirtió:

—Capitán, el observador de infrarrojos nos advierte...

—Sí, ya veo. Debemos averiguar de dónde emana esa fuente de infrarrojos. Por de pronto, haremos la pregunta a la computadora.

Fireman manipuló sobre la marcha en la computadora de a bordo con el dato ofrecido por el detector de infrarrojos. No tuvieron que esperar para obtener el resultado.

—Un ser humano —leyó Petrov en voz alta.

—Exactamente, un ser humano, pero no varios. El detector sólo capta uno. Apagaremos los faros del «atom-hover» y avanzaremos en la oscuridad. Puede ser un vigilante de los amotinados.

—¿Pueden atacarnos? —preguntó el sargento Petrov.

Hut aclaró:

—Poseen cañoneras láser y este vehículo que nos transporta es reflexivo antiláser, aunque no excluyan la posibilidad de que nos echen un poco de arena mojada encima, matándonos. Entonces, si nos disparan, nos desintegran. Debemos de tomar todas las precauciones, no somos totalmente invulnerables, pero llevar a bordo nuestro detector de infrarrojos es una gran ayuda para localizar a supuestos enemigos.

A medida que avanzaban, ahora muy lentamente, la señal infrarroja se hacía más intensa. Guiándose por ella, el «atom-hover» se

deslizaba sobre la primera plantación de maíz, un maíz pobre, raquítico, al borde del desierto que rodeaba el mar del amoníaco. Aquel maíz no era muy aprovechable, pero protegía a las demás plantaciones, formando una especie de muralla vegetal.

Al fin, la señal se hizo tan intensa que Hut Fireman detuvo la nave e hizo que ésta descendiera hasta el suelo, aplastando una porción del maíz bajo su peso. Abrió la puerta y tomando una pistola láser dijo:

—Sargento, salga conmigo. Los demás, quédense dentro. Teniente Dimitry...

—A la orden, capitán.

—Si me ocurriera algo, tome el mando y siga adelante. Ya sabe cuál es nuestra misión en Ío.

Sin esperar respuesta, saltó sobre el maizal, quedando medio oculto por éste.

El sargento Petrov le siguió con una linterna de gran poder lumínico, con batería de radioisótopos de mercurio, de escaso peso y larguísima duración.

Fireman avanzó con el microdetector portátil de infrarrojos.

—Algo se mueve, capitán.

—Ya lo veo, sargento.

Corrieron en la noche, extendiendo el foco de luz hacia aquel ser que huía entre las cañas de maíz, hasta que al fin debió de tropezar.

—Rodéelo, sargento, ya lo tenemos.

Petrov obedeció y la luz de su linterna bombardeó con sus fotones a quien acababan de capturar.

—¡No, no me maten, no!

Hut Fireman descubrió una mujer atormentada, asustada, una mujer joven, de largos y abundantes cabellos negros y ojos grandes, desorbitados por el miedo. Su espléndida figura era casi visible en su totalidad, ya que las ropas estaban hechas harapos.

—No tema, no queremos matarla —le dijo Hut Fireman tranquilizador, comprendiendo que no podían considerar a la chica un

enemigo precisamente.

La mujer miró a Fireman y al sargento.

—¿De dónde han salido, son secuaces de Íkaro?

—¿Íkaro? —repitió el sargento perplejo.

Fireman frunció el ceño y dijo:

—Yo sí conozco a Íkaro.

—¿Es uno de sus secuaces? —preguntó la mujer, todavía en el suelo.

—No tema, no soy ningún hombre de Íkaro.

—Por todos los demonios, capitán Fireman, dígame quién es Íkaro —apremió el sargento Petrov, intrigado y nervioso.

—Íkaro fue uno de los principales neoselenitas que llevaron a cabo su rebelión de independencia y que el coronel Dimitry aplastó con sus fuerzas de la milicia activa del espacio.

—De modo que ustedes no son reclusos de Ío —dijo la mujer, más sorprendida.

—No. Por la falta de luz no puede ver bien nuestras ropas, pero yo soy el capitán Fireman, spaceman y éste es el sargento Petrov, perteneciente a la milicia activa del espacio. Hemos venido a Ío para ver lo que ocurre.

—Dios mío, Dios mío, por fin han llegado a salvarnos… —sollozó.

—Señorita, ¿quién es usted?

—Surah, profesora del departamento de Parapsicología. Apenas hace dos meses que llegué a Ío para mi tiempo de investigación sobre los reclusos supranormales.

—Bien, doctora Surah, mejor será que regresemos al «atom-hover». Estaremos más protegidos y seguiremos avanzando. Mientras, nos explicará algo sobre lo ocurrido. Para averiguarlo hemos descendido a Ío.

Fireman ayudó a levantar a la mujer, pudiendo constatar su belleza anatómica, que estaba seguro no sería artificial, como la que poseía Laika, de Ganymedes.

Regresaron al interior del «atom-hover».

Los cuatro hombres que aguardaban en él observaron con gran curiosidad a la recién llegada. No esperaban aquel hallazgo en un satélite de castigo y en una zona tan inhóspita.

CAPÍTULO V

Mientras el «atom-hover» proseguía su avance, la profesora Surah, ya más tranquilizada, explicó:

—Los reclusos debían de tener muy bien preparado el motín, pues nadie se enteró de él hasta que surgió de un modo virulento y devastador.

—¿Hubo mucha pelea? —preguntó Hut.

—No, apenas unas horas de lucha. Tenían un plan perfecto y se apoderaron de los lugares claves inmediatamente. Las emisoras quedaron cerradas para que no se pudiera lanzar ninguna señal de auxilio al espacio y los carceleros que no murieron en el combate fueron capturados. Otro tanto ocurrió con los miembros de la administración y los grupos de científicos que resistimos cuanto pudimos. Un grupo de cinco logramos escapar, agotadas ya todas las provisiones.

—¿Y los otros cuatro?

—No sé, creo que alguno fue capturado. Yo vi morir a dos en la larga huida. A mí deben de haberme dado por muerta en la zona de arenas movedizas, pero llegué a las plantaciones de maíz. Hace cuatro días que estoy aquí, sola y escondida. Cuando llegaron ustedes, creí que los hombres de Íkaro me habían hallado y me esperaba una muerte horrible.

—¿Muerte horrible? ¿Acaso a los capturados no los mantienen como rehenes? —preguntó Dimitry.

—Sí, tienen a un número considerable de rehenes, entre ellos el alcaide y otros más, vivos, pero torturados. Íkaro es despiadado e inhumano. Usted, capitán, ya lo conoce, ¿no es cierto?

Hut Fireman suspiró largamente, tras recordar la figura alta y recia de Íkaro, un hombre de ojos pequeños, mandíbula grande y con los músculos de un legendario gladiador romano, un hombre ávido de lucha y sangre, un hombre que deseaba mandar y no ser mandado.

—Sí. Teniente Dimitry…

—¿Capitán?

—Íkaro es uno de los hombres que su padre, el coronel trajo a Ío después de la rebelión de los neoselenitas.

—Mi padre volverá a encerrarlo, si es que antes uno de nosotros no lo pasa por las armas.

—Teniente, no lo tome como enemigo fácil. Íkaro es un ser excepcional, de los pocos que aparecen en cada generación. Además, posee particularidades físicas algo distintas a las nuestras como neoselenita que es. Como miembro de la tercera generación que ha nacido en la Luna y aunque sus antepasados fueran terrestres, ha sufrido mutaciones en su cerebro y sentidos que lo hacen algo diferente. Es un hombre astuto y muy fuerte, un auténtico atleta. Se autodomina de tal forma que ignora lo que es el dolor. Puede coger con su mano una brasa al rojo. Se quemará lentamente, pero si él no quiere dejarse dominar por el dolor, sostendrá la brasa sin soltarla, sonriendo incluso hasta que el fuego se consuma y su mano desaparezca.

La bella doctora Surah asintió a las palabras de Hut Fireman.

—Es cierto. Precisamente yo tenía que estudiar a Íkaro, sus facultades para y supranormales.

—¿Y él se dejaba estudiar? —preguntó el sargento, agregando con rapidez—: Naturalmente, yo me dejaría estudiar hasta los huesos por usted, profesora Surah.

—No era hombre fácil de estudiar, aunque al parecer yo le hacía tanta gracia como a usted, sargento, y por ello acudía a mis consultas.

—¿Se enamoró de usted? —preguntó abiertamente Dimitry.

—Lo ignoro. No se puede estar nunca segura de lo que piensa un hombre de las facultades de Íkaro, lo que sí he podido constatar es que es inhumano y maligno. Frente a los laboratorios donde nos habíamos refugiado, martirizaron a unos cuantos carceleros capturados y fue algo horrible, verdadero sadismo. Íkaro se complacía viéndolos retorcerse hasta morir. Luego nos advirtió que él ya no era el recluso Íkaro, sino el emperador Íkaro del astro Ío y que daría la libertad a su pueblo.

—¿Cómo piensan escapar de Ío? —preguntó Fireman—. Carecen totalmente de naves y del material suficiente para

construirlas. Es una de las reglas principales del código que rige en el satélite Ío.

Surah dijo:

—Desconozco los planes que tienen, pero parecen haberse salido con la suya, al dominar el satélite. Actualmente tienen un trabajo febril a unas trescientas millas de los laboratorios, en la zona llamada del granito.

—¿Qué es lo que hacen allí?

—No lo sé, no podía quedarme a averiguarlo. Corría el peligro de ser capturada por los hombres de Íkaro.

—No podrán escapar. El motín será dominado y los culpables pagarán por sus delitos —dijo Dimitry.

Hut Fireman puntualizó con cierta amargura:

—Íkaro tiene todas las penas que se puedan imponer a un hombre de nuestra civilización y la pena de muerte está abolida.

—Si hace falta, no saldrá con vida —aseguró Dimitry, que pensaba igual que su padre.

—Surah, hay algo que nos interesaría mucho saber.

—Pregunte, capitán. Si está en mi mano, trataré de responderle.

—¿Dónde están recluidos los rehenes?

—No estoy segura, pero creo que en las celdas de castigo.

—Esas celdas están en el subsuelo, muy profundas.

Es difícil llegar hasta ellas. Existen controles electrónicos y por pocos vigilantes que hayan dejado, pueden vigilar muy bien los túneles de dichos calabozos.

—¿Cree que no podremos sacarlos? —preguntó el sargento abiertamente.

—Si lo conseguiremos o no, lo ignoro, pero lo intentaremos.

Surah le miró asustada, con sus grandes ojos de tonalidad violeta.

—Capitán, ¿acaso nos dirigimos ahora al centro de la rebelión?

—Así es, profesora. No hemos descendido a Ío para escondemos.

—¡Es una locura, capitán, ellos son muchos! Íkaro tiene a más de mil hombres apoyándole como emperador y están armados.

—Mi misión es observar de cerca lo que ocurre, profesora y libertar a los rehenes si es posible para que ÍKARO y sus hombres no se escuden tras ellos.

—Si es todo como dice la profesora —objetó el teniente Dimitry— deberíamos dar aviso al coronel para que atacara a los amotinados.

—No tema, teniente, posiblemente su padre podrá entrar en acción y lo hará brillantemente, como es su costumbre, dejándolo todo manchado de sangre.

—Capitán, no le permito que...

—¿Qué es lo que no me permite, teniente?

Surah captó la agresividad existente entre ambos y quiso abogar por sus propias ideas, apoyando las del teniente Dimitry.

—Creo que si tienen medios de hacerlo es preferible regresar junto a las otras naves y desde arriba, que la milicia ataque a los amotinados. De otra forma, nada podrá lograrse aquí abajo y menos seis hombres como son ustedes.

Fireman rebatió:

—A veces, seis hombres solos pueden hacer más daño que todo un batallón.

—Capitán, ¿acaso busca un éxito muy personal en esta misión?

La pregunta del teniente Dimitry fue formulada con sarcasmo.

Hut clavó en él sus duros ojos, y aclaró:

—En otro momento le haría tragar sus palabras, teniente, pero ahora no podemos entretenernos peleando entre nosotros y va usted a hacerme falta. Íkaro no es ningún imbécil y lo demostró desintegrando la primera de las naves que trató de desembarcar, una nave repleta de hombres como nosotros que el coronel Dimitry envió al infierno por obra y gracia de su brillante decisión.

—Si está criticando la labor de mi padre, el coronel, sentiré

tener que informar de sus murmuraciones a la superioridad.

—Al diablo, teniente Dimitry, haga lo que le venga en gana, pero mientras estemos aquí abajo, mandaré yo y si me oponen obstáculos, me llevaré por delante a quien me los ponga. Por lo que a mí respecta, no morirán estúpidamente otro centenar de hombres. Esas baterías cañoneras láser están bien escondidas. Hay que descubrirlas y destruirlas si es que se puede. Será parte de nuestra misión. Cuando lleguemos a zona de peligro nos dividiremos y por parejas partiremos en tres sentidos diferentes. Luego, nos reuniremos, si es que sobrevivimos, y daremos parte al coronel Dimitry de lo que sea oportuno realizar.

—Capitán, yo tengo miedo de volver allá —dijo Surah, sinceramente—. Temo que me capturen.

—Profesora, sólo puedo ofrecerle dos soluciones.

—¿A saber?

—La una, detener el «atom-hover». Le daremos alimentos y un arma y se quedará escondida entre las plantaciones.

—¿Sola y huyendo de nuevo?

—Sí, no puedo dejarle a ninguno de mis hombres... Los necesito para la misión que debemos llevar a cabo.

—Yo no me bajo del «atom-hover». ¿Cuál es la otra solución?

—Usted lo ha dicho, profesora, no apearse del «atom-hover» y seguir adelante con nosotros. Yo conozco el lugar, pero no estará de más que alguien me recuerde algunos datos y me indique novedades.

Pesimista, Surah se encogió de hombros.

—Si no queda otro remedio, seguiremos adelante... Está visto que no voy a escapar y terminaré en manos de Íkaro. Es posible que se divierta torturándome o que me tome como una simple diversión. Existe una gran desproporción entre la cantidad de mujeres reclusas y los hombres y esos hombres amotinados se han convertido en auténticas bestias. Oí gritos de mujer, eran chicas del departamento de administración, y doy gracias a Dios por no haber visto lo que les ocurrió. Sus gritos se escucharon durante horas y fueron obsesivos. Creí volverme loca, hasta, hasta...

—¿Trató de quitarse la vida? —preguntó Hut Fireman, que conducía el «atom-hover» a una velocidad prudencial de cien millas

hora, controlando todo el panel de mandos y detectores.

Surah se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar, al tiempo que asentía con la cabeza.

—Me alegro de que no haya cometido semejante estupidez. No hubiera sido propio de una mujer tan inteligente como usted. Suicidarse es obra de cobardes, de los que temen afrontar la realidad que, por dura que sea, debe arrostrarse siempre.

Fireman pidió a Sarah que se tendiera en una litera que se hallaba al fondo del vehículo.

—Descanse cuanto pueda —le dijo—. Es posible que después tenga que realizar grandes esfuerzos físicos, a menos que cuando abandonemos el «atom-hover» prefiera quedarse protegida dentro de él y esperar nuestro regreso.

—No, no quiero quedarme sola en la noche de Ío. Creo que en las circunstancias en que me hallo ya no podría soportar más.

Surah se durmió mientras el «atom-hover» proseguía su avance con todas las luces apagadas, a excepción de los pilotos de los paneles, totalmente invisibles desde el exterior. Por rayos infrarrojos se abrieron camino para no chocar contra ningún grupo rocoso.

Los propios hombres de la milicia espacial activa se adormilaron. La tensión del descenso a Ío había cedido.

Sólo el teniente Dimitry y Hut Fireman permanecían con los ojos bien abiertos, escrutando la noche cerrada a través del cristal parabrisas.

CAPÍTULO VI

Surah se veía en una gran sala a la que había sido empujada por dos violentos secuaces de Íkaro. Este, al verla, prorrumpió en una de sus demoníacas carcajadas.

—Bienvenida al palacio del emperador Íkaro, doctora Surah.

La mujer miró en derredor, asustada.

No había forma humana de escapar a Íkaro, que caminaba hacia ella seguro de sí, de su poder.

—Han cambiado las circunstancias, profesora Surah. Antes yo la divertía a usted y ahora es usted quien va a divertirme a mí.

—¡No! Es un asesino, un hombre despreciable al que terminarán por aplastar.

—¿Aplastarme, quién? Tengo mis planes, profesora... Nadie podrá arrancarme el imperio de Ío y hasta es posible que domine a otros satélites como Ganymedes. Por de pronto, les provocaré el pánico, no lo dude. Ahora, hablemos de usted y de mí. Es el asunto que más me apremia.

Surah retrocedió hasta que una gran pared heló su espalda.

De pronto, surgió otra figura que se lanzó sobre Íkaro luchando ferozmente contra él.

Los dos hombres rodaron de un lado a otro mientras los cortinajes del palacio se rasgaban.

Surah se esforzó por ver quién era aquel hombre, pero no conseguía observar su rostro. Al fin, Íkaro quedó tendido en el suelo en agónico estertor y el hombre que lo había vencido se puso en pie, al tiempo que decía:

—Eres libre, Surah. Nada puedes temer de Íkaro.

Ella forzó tanto sus ojos que los abrió como nunca para reconocer a su salvador.

—¡Capitán Fireman!

—Sí, soy yo, profesora. ¿Qué le ocurre? ¿Acaso alguna pesadilla? —preguntó Hut Fireman a su lado, dentro del «atom-hover».

Surah, que ya tenía los ojos abiertos en el final de la pesadilla, en el que había fundido el rostro que viera en sueños con el de la realidad, admitió:

—Sí, capitán, creo que tenía una pesadilla.

Calló que fuera él quien la había salvado de las garras de Íkaro. Lo que lamentó fue que la muerte de Íkaro sólo formara parte de la pesadilla, que aquel desalmado dominara el satélite de castigo. Bien podía ser que la pesadilla se convirtiera en realidad, pero con ventaja para Íkaro.

—Tenemos que abandonar ya el «atom-hover»,» profesora. Sería demasiado arriesgado seguir utilizándolo, nos descubrirían con facilidad. Debemos realizar el resto del camino a pie.

—De acuerdo, estoy lista.

—Si desea quedarse puede hacerlo con entera libertad —insistió Hut Fireman—. En la nave estará segura. No le faltarán alimentos e incluso puede defenderse si la atacan. Esta zona rocosa impedirá que el «atom-hover» sea fácilmente descubierto.

—No quiero quedarme sola. Además, creo que cuando me encontraron estaba algo nerviosa. Hacía cuatro días que me hallaba en completa soledad. Ahora creo que debo colaborar en el rescate de los rehenes. Son compañeros míos.

—Su deseo es loable, profesora, pero no voy a ocultarle que correrá muchos riesgos en esta misión.

—Lo imagino, pero si me dan un arma les estaré agradecida. Si hace falta, moriré luchando.

Los seis hombres admiraron a la decidida mujer que después de haber pasado por el horror del motín y de los crímenes cometidos por Íkaro y sus secuaces regresaba al lugar del peligro para ayudar a sus compañeros.

Fireman le entregó una pistola láser y dijo:

—Póngase este anorak. Afuera hace frío.

—Gracias, capitán, me irá bien.

El anorak cubrió sus ropas casi convertidas en harapos, pero sus bonitas piernas quedaron medio descubiertas, mientras la cascada de su cabellera azabache caía sobre el verde oscuro del anorak.

Iniciaron la marcha a pie, bien pertrechados y protegiéndose entre las rocas, guiados por Hut Fireman, que parecía conocer muy bien el lugar donde se hallaban.

Fireman portaba un detector portátil de infrarrojos para evitar el choque con los hombres de Íkaro.

Las instalaciones del centro penal de Ío quedaban cerca. Incluso, Fireman captó en su detector la presencia próxima de seres humanos.

Tras él, Surah le advirtió también:

—Estamos muy cerca, corremos peligro.

—Sí, ya lo sé. Acérquense todos. —Cuando se vio rodeado, Fireman prosiguió—: Vamos a dividimos en tres grupos.

El teniente Dimitry preguntó:

—¿Para qué?

—Para tratar de conseguir el máximo de resultados. Posiblemente, algunos no regresaremos, Íkaro y sus secuaces amotinados parecen dispuestos a todo, y como nos descubran, bueno, no creo necesario explicar nada al respecto. Lo que les ruego es que silencien la presencia de los demás y, por supuesto, la del «atom-hover» que hemos dejado oculto entre las rocas. En caso extremo, es nuestra última posibilidad de escape hacia el mar del amoníaco donde ya no nos podrían seguir.

El sargento Petrov asintió por todos:

—Si nos capturan no abriremos la boca, capitán. Estamos entrenados para resistir.

Dimitry objetó:

—Lo malo es que pueden utilizar otros medios para lavarnos el cerebro y sacar de él lo que quieran.

Surah aclaró:

—Si destruimos el departamento de Parapsicología no tendrán otros medios para sacamos la verdad que la tortura, y como ha dicho el sargento, deben de estar entrenados para soportarla.

—Así es, profesora. La tortura la resistimos, pero un laboratorio para el lavado de la mente, con drogas y otros medios electrónicos, no hay cerebro que pueda resistirlo, ya que el consciente, como usted sabe mejor que nadie, es totalmente anulado.

—Bien, nosotros nos encargaremos de destruir el laboratorio, si se hace preciso. Usted, sargento, con el cabo Flanegan formarán una pareja.

—Bien, capitán. ¿Cuál será nuestra misión?

—Destructora. Tienen que localizar y destruir sin hacer ruido, simplemente quitando piezas esenciales de las baterías cañoneras láser.

El sargento Petrov mostró sus dientes blancos y cuadrados al sonreír satisfecho; al parecer, era un trabajo que le agradaba.

—De acuerdo, capitán, así no podrán desintegrar ninguna nave de desembarco más. Buscaremos esas baterías, estén donde estén, y las aniquilaremos aunque nos maten en el empeño.

—No espero menos de ustedes, sargento.

El teniente Dimitry clavó sus ojos grises en el capitán, esperando que le dijera algo y así lo hizo Fireman.

—Teniente...

—¿Cuál será mi misión?

—Usted, con el cabo Walter, deberá averiguar qué es lo que están haciendo Íkaro y sus hombres en la zona de granito. Si es algo importante y peligroso para alguien, habrá que destruirlo.

—Entendido, pero eso me llevará tiempo, ya que esa zona está lejos, según el mapa que tengo.

—Arrégleselas como pueda, teniente, pero dentro de cuarenta y ocho horas debemos reunimos todos aquí nuevamente. ¿Comprendido?

—Si está lejos, ir y regresar a pie no nos dará tiempo...

—Busquen un vehículo de la propia base y pasen

desapercibidos. No tengo que decirle cómo debe llevar a cabo su trabajo, teniente. En cuanto a usted, cabo Kamura, vendrá conmigo. Nuestro objetivo será liberar a los rehenes. Si las tres parejas conseguimos nuestras respectivas misiones, podremos avisar al coronel Dimitry, quien realizará el desembarco y la ocupación por sus fuerzas del satélite Ío. No creo que le resulte muy difícil entonces apoderarse de los amotinados sin demasiado derramamiento de sangre.

—Y yo, ¿qué hago? —inquirió Surah.

—Escoja la pareja que más le guste para seguir adelante, ya que no desea quedarse sola. Creo que todos tenemos un peligro similar en nuestras respectivas misiones.

—Entonces, me marcho con usted, capitán.

Todos miraron a Fireman con mal encubierta envidia, y Surah, como para disculparse con los demás del grupo, añadió:

—De esta forma, si hay suerte, pronto podré ver a mis compañeros de trabajo.

—Suerte para todos —deseó Fireman—. Dentro de cuarenta y ocho horas, los que hayamos sobrevivido nos encontraremos aquí.

Todos se estrecharon las manos entre sí y los tres grupos se separaron tomando distintos caminos.

Surah, junto a Fireman, cuya presencia le agradaba, inspirándole una sensación de confianza y seguridad, inició la marcha hacia las instalaciones centrales de la base de Ío, los pabellones de celdas, la administración y centros de estudio. Las minas quedaban algo distantes. Un paso más atrás avanzaba Kamura, el cabo oriental.

Había que llegar primero al edificio principal para poder introducirse en las celdas de aislamiento.

—Cuidado, hay un hombre armado custodiando la puerta— advirtió Hut.

Había un gran trecho a recorrer sin obstáculos donde ocultarse, pero la noche de Ío era totalmente oscura. De no ser por la tenue luz piloto que colgaba del dintel de la puerta, Hut no hubiera descubierto al centinela que la custodiaba.

—¿Qué hacemos?

A la pregunta de Surah, Fireman respondió:

—Déjenmelo a mí. Ustedes aguarden aquí custodiando mi equipo. Cuando dé la señal, vengan corriendo recto hacia mí y nos introduciremos en el edificio.

Surah y el oriental quedaron a la expectativa. Pegado a la pared, con mucha precaución, sin desear utilizar la pistola láser, cuyo rayo hubiera sido visible a lo lejos, provocando la alarma, se acercó al centinela.

El vigilante vestía el uniforme de los reclusos de Ío.

Hut lo conocía bien por haberlo llevado durante un año entero. Lo malo es que el guardián portaba un rifle láser de largo alcance y gran poder fundente. Su diámetro era de cuatro milímetros, capaz de destruir cualquier pilar de hormigón armado en brevísimo tiempo. En cambio, el rayo de su pistola era sólo de un milímetro y medio.

Hut Fireman estuvo a punto de ser descubierto en una media vuelta que dio el centinela, cuyos ojos escrutaron la noche sin conseguir descubrirle. Cuando se volvió de otro lado, Hut saltó sobre él como un legendario felino.

Dos golpes con el canto de su mano, uno en la nuca y otro en la nuez, bastaron para aniquilarlo, tumbándolo sin proferir un solo gruñido.

Cogió al amotinado por las axilas y tiró de él hacia el interior del recinto, escondiéndolo tras una puerta. Volvió a salir e hizo una señal a Surah y Kamura, que en línea recta y como se les había indicado, corrieron hacia el edificio.

—Vamos adentro, Surah, póngase junto a mí. Podemos encontrar a más tipos camino de las celdas.

Se adentraron en el edificio. Tanto Surah como Hut Fireman conocían bien cuanto les rodeaba.

Se detuvieron ante una puerta de acero bruñido. Junto a ella había un armario metálico donde se ubicaba todo el complicado sistema de alarma de las celdas de castigo que impedía que nadie pudiera abrir una de las puertas por sí mismo sin que la alarma quedara provocada, creándose inmediatamente una serie de campos de electrofuerzas infranqueables, a menos que se quisiera quedar carbonizado al intentarlo.

Con el propio fusil que arrebatara al centinela, disparó contra

la caja metálica.

Salieron llamas al agujerearse el acero, y después todo quedó reducido a hierros retorcidos. Por un instante, las luces de los corredores oscilaron. Al fin, quedaron encendidas. No se había producido ningún cortocircuito general sino parcial.

—Tendremos que salir pronto o nos descubrirán… —advirtió Surah.

La puerta de acero bruñido estaba cerrada electrónicamente y al destruirse todo el sistema de alarma quedó bloqueada y a primera vista infranqueable.

—Habrá que perforarla —dijo en voz alta.

Hut, utilizando el fusil láser, comenzó a perforar, lo cual resultaba bastante difícil.

—No lo conseguirá, capitán —observó el cabo Kamura—. Es demasiado reflexiva. Habría que volarla con algún tipo de explosivo.

—Si he conseguido comenzar la perforación, seguiré adelante. Una explosión crearía la alarma general.

Hut Fireman insistió y la puerta comenzó a ser cortada. Mas el tiempo transcurría y las baterías productoras de los fotones del fusil láser se iban agotando. El rayo ya no poseía la fuerza inicial y carecían de baterías de repuesto.

—Se agotaron las baterías.

Hut arrojó el fusil lejos de sí. La puerta estaba muy cortada, pero aún faltaba. Tomando su pistola, prosiguió el corte con el dardo de menor calibre. Al fin, un patadón la volcó.

—¡Lo conseguiste! —exclamó Surah, espontáneamente.

—Sí, vayamos abajo. Kamura, quédese aquí y custodie la puerta. Es la única salida. Debe de defenderla como sea o no escaparemos.

—A la orden, capitán. Por aquí no pasará nadie, a menos que sea sobre mi cadáver.

Fireman y Surah bajaron por las escaleras de granito que descendían hacia las profundas galerías.

En un principio, aquélla había sido la primera mina explotada

en busca del ío-plutonio 2.000, pero agotado el filón, fue destinada a celdas de castigo para aislar a los reclusos más rebeldes.

Llegaron a la primera galería. No había nadie, pero en la segunda sí se toparon con uno de los secuaces de Íkaro, que trató de aniquilarlos con su fusil láser.

Fireman disparó primero su pistola, atravesando con el dardo de fotones el cuerpo del rebelde que rodó por el suelo. Fireman recogió el fusil láser y prosiguieron el avance.

Llegaron a las celdas de castigo, una veintena en total, aisladas entre sí, con puertas totalmente cerradas y ventiladas por caños de aire.

Abrió una de las mirillas y vio a un hombre dentro del calabozo, un desconocido para Hut, pero al que Surah reconoció al instante.

—¡Alcaide, soy Surah!

—Surah, ¿la han capturado también?

—No, alcaide, estoy a salvo gracias a este hombre. Es un spaceman llegado a Ío para controlar el motín de los reclusos. Hay escuadrones de la milicia activa en órbita, esperando el momento oportuno para el desembarco, pero se están tomando todas las precauciones para que no sean ustedes utilizados como rehenes y sus vidas no peligren.

—Surah, me da una gran alegría. Es un prodigio que hayan podido llegar hasta aquí con vida.

Fireman observó al alcaide, parecía un buen sujeto…

No lo conocía, ya que al igual que todo el resto del personal de administración, celadores y científicos, era renovado cada dos años.

—Bienaventurados sean. Creí que Íkaro iba a salirse con la suya. Ese neoselenita está loco. Quiere llevarse a Ío de su órbita jupiteriana.

Hut quedó quieto, incrédulo ante lo que acababa de oír. Era algo inaudito.

—¿Cómo dice? ¿Sacar a Ío de la órbita de Júpiter? Eso es imposible. Ío tiene un volumen algo semejante a nuestra luna terrestre. ¿Cómo va a desplazarlo?

—Ese es su proyecto, capitán. Quiere fundar un imperio donde él sea el emperador.

—Ya te lo dije, capitán —corroboró Surah—. Quiere ser emperador.

—¿Tiene algo que ver la zona «Granito» con su proyecto de desplazamiento de este satélite natural?

El alcaide respondió:

—Sí, creo que sí, aunque no estoy seguro. Sé que se han llevado a algunos científicos y también habían ingenieros y físicos en reclusión que han pasado a engrosar parte de sus filas, les agrade o no. Sólo Dios e Íkaro saben lo que está sucediendo en la zona de «Granito». Ahora, rápido, sáquennos a todos de estas malditas celdas.

El cerrojo exterior de la puerta de recia plancha de acero fue descorrido, mas la puerta no cedió, por más tirones que Hut dio de ella.

Surah explicó:

—No me acordaba. Existe un bloqueo general de todas las puertas.

El alcaide ratificó:

—Sí, es cierto, está en la cabina del oficial de guardia. Hay una palanca de seguridad y si se desconecta, las celdas quedan únicamente cerradas por el cerrojo individual. Se utiliza cuando hay que sacar o meter a algún recluso de una celda. Después, se coloca nuevamente la palanca y el cerrojo pasa a ser el segundo cierre de la puerta.

—Pues será cuestión de ir a buscar esa palanca, alcaide, porque no creo que las baterías del láser llegaran a perforar la veintena de puertas que aquí se abren. Se volvió hacia la atractiva profesora de Parapsicología y añadió—: Puedes aguardar aquí. Ve descorriendo todos los cerrojos. En cuanto accione la palanca se abrirán automáticamente todas las celdas y podrán escapar.

—Como digas, Fireman.

El hombre sonrió, indicando:

—Hut es más corto, Surah.

Sin proponérselo, hombre y mujer se miraron de forma

especial y ambos comprendieron que tenían mucho que decirse, aunque aquélla no fuera la mejor ocasión para hacerlo.

—Surah, utiliza el fusil láser en vez de la pistola, si tienes dificultades.

La joven asintió con la cabeza y Hut Fireman se alejó salvando la distancia con largas zancadas.

Ascendió por la escalinata y arriba se encontró con el oriental Kamura.

—¿Todo bien abajo, capitán? ¿Y la profesora?

—Todo bien en parte, Kamura. Vigile la puerta, la profesora está abajo. Me falta desconectar una palanca. Toda esta galería está llena de dificultades. Por lo visto, no basta con las alarmas que hemos destruido, sino que hay mecanismos electrónicos de doble seguridad... No entiendo cómo con todas estas precauciones el motín de Íkaro ha tenido éxito.

Hut no esperó respuesta y siguió corriendo en busca de la cabina del oficial que se hallaba cerca de la entrada y en la que no había nadie, pues, al parecer, Íkaro y sus amotinados se sentían seguros con los carceleros muertos y los demás rehenes encerrados. Ignoraban totalmente la presencia del grupo comandado por el capitán Fireman.

Se introdujo en la cabina. Como recluso había pasado siempre por delante de ella sin ver nada de su interior, ya que el cristal era polarizado. Desde dentro podía verse el exterior, pero no a la inversa.

Hut descubrió varios mandos electrónicos, un micrófono y pantallas teletrivisivas.

Conectó el micro y pulsó la tecla correspondiente a las celdas de castigo. En voz alta, dijo:

Surah, escúchame y los demás también. Estén alertas. Voy a abrir sus puertas y quedarán en libertad. No huyan alocadamente. Sigan a la profesora Surah en silencio. Ella les conducirá hasta la salida y allí, en grupo, emprenderemos la huida. Obedezcan las órdenes y todo saldrá bien. El alcaide estará con ustedes. Yo soy el capitán Fireman y mando el grupo de rescate... Arriba, en la órbita de Ío, están las superfortalezas de la milicia activa del espacio, comandadas por el coronel Dimitry, preparadas para intervenir cuando estén ustedes a salvo. Entonces, ellos se encargarán de reducir

a los amotinados. Ahora, deben de mantener el orden y la calma. Abro las celdas.

Hut Fireman desconectó la palanca, dejando todas las puertas abiertas. Abandonó la cabina cuando escuchó un alarido de muerte que le hizo pensar que todo no iba tan bien como deseaba.

A la boca de la entrada a las galerías donde se ubicaban las celdas de castigo, había tres de los reclusos amotinados. Dos de ellos portaban fusiles lanzagranadas narcotizantes y el tercero, un potente láser.

Kamura yacía en el suelo, muerto, bajo la destrozada caja de alarma.

Los tres hombres se volvieron hacia Hut para repelerle, mas Fireman disparó su láser barriéndolos.

Los tres amotinados cayeron en las más grotescas posturas. Al parecer, habían oído algo y por un túnel interior arribaron a la entrada de la galería de las celdas de castigo, sorprendiendo al cabo y matándolo instantáneamente.

Fireman corrió hacia las escalinatas saltando por encima de los cuerpos y se precipitó escaleras abajo dándose cuenta de que habían disparado granadas narcotizantes antes de su llegada, previniendo así cualquier fuga de los rehenes.

—¡Surah, Surah! —llamó con cierta angustia.

—Hut —le respondió la voz apagada de la profesora.

Fireman penetró en la galería repleta de denso humo. En el suelo yacían varios hombres y mujeres. No cabía duda, eran los rehenes que al intentar escapar habían sido sorprendidos por las granadas narcotizantes y ahora dormían, intoxicados por el humo.

—¡Surah!

Esta vez, la joven no respondió.

Fireman siguió internándose entre los cuerpos dormidas. Al fin, en medio del humo y con muchas dificultades, consiguió hallar a Surah, tendida boca abajo y ya dormida.

El hombre, que iba con la respiración contenida, se cargó a la muchacha sobre la espalda para escapar con ella de la galería repleta de gas. Sin embargo, era ya demasiado el tiempo transcurrido desde

que cerrara su nariz y boca y precisó aire. No pudo evitarlo, se asfixiaría si no respiraba.

Respiró, pero con el peso de Surah siguió adelante. Consiguió llegar a la escalinata cuando sus piernas se doblaban. Hubo de respirar nuevamente mientras salvaba los peldaños, cada vez más trabajosamente.

El gas narcotizante iba haciendo su labor más y más difícil hasta que se derrumbó sobre el granito de los escalones. Se aferró a ellos intentando levantarse y no hizo más que doblarse de nuevo.

Su visión era ya turbia y múltiples zumbidos sonaban en sus oídos. Se derrumbó con el peso de Surah sobre él. Después, el silencio y las sombras.

CAPÍTULO VII

Cuando Hut Fireman abrió los ojos, le dolía la cabeza. Se sentía atontado y las imágenes, borrosas, bailaban ante sus pupilas.

Las ideas turbias terminaron por aclararse y no tardó en ver a un hombre alto, fornido, de ojos muy pequeños y brazos extremadamente largos que le clasificaban como a un neoselenita de la tercera generación, un ser humano que había terminado habituándose a la luna a lo largo de las generaciones que le habían precedido.

—Íkaro.

—Hola, capitán Fireman. Nunca supuse que volveríamos a vemos —se rió el neoselenita, puesto en jarras delante de él.

Íkaro vestía una extraña casaca dorada que seguramente se habría hecho confeccionar por las mujeres amotinadas del satélite de castigo.

Hut Fireman se movió, dándose cuenta de que se hallaba recostado contra algo duro que resultó ser un bloque cúbico de granito. De dos planos opuestos del cubo pétreo partían sendas anillas de acero y unidas a éstas, dos trozos de cadena que terminaban en otro grillete que se cerraba alrededor de las respectivas muñecas del capitán.

Al mover las manos y percatarse de cómo estaba encadenado a la piedra, sonrió preguntando:

—¿Tan peligroso me crees?

—Soy precavido, capitán Fireman, muy precavido.

Hut miró en derredor. Se hallaban en una estancia que recordaba bien. Era una amplia celda múltiple con iluminación que se utilizaba para expansión de los reclusos los días de clima extremo. Poseía altas ventanas enrejadas y de ella no se podía escapar, a menos que se destruyera la amplia puerta de barrotes de aleación acerada.

Íkaro y Fireman estaban solos en la gran celda donde podían

practicarse deportes de sala que mantenían en vigor los músculos de los reclusos.

—¿Dónde está?

—Dónde está quién?

—Vamos, Íkaro, me refiero a ella.

Íkaro balanceó sus brazos, desproporcionados con respecto a las piernas que resultaban algo más cortas que las normales en los terrestres y que habituaban a su poseedor a caminar mejor sobre un astro cuya gravedad fuera inferior a la normal, para lo cual su esqueleto había evolucionado también. Unas piernas cortas eran menos susceptibles de perder el equilibrio y los brazos largos, casi de simio, actuaban como tercer y cuarto pie antes de caer.

—Vaya, conque llamas ella a la profesora Surah, ¿eh?

—Sí. ¿Dónde está?

—Capitán, ¿no será mejor que antes de hablar de Surah hablemos entre nosotros como antiguos amigos?

—Tú y yo jamás hemos sido amigos, Íkaro.

—¿Es que acaso los neoselenitas vamos a ser una raza segregada como lo fuera la negra siglos atrás?

—Nadie piensa en segregación, en cambio tú tienes la manía de la independencia.

—Somos distintos, capitán, muy distintos. Aunque procedamos de los mismos ancestros, ahora somos diferentes. Los neoselenitas somos superiores, sólo nos falta poder para demostrarlo y el poder pronto lo conseguiremos.

—¿Cómo?

—Todo llegará a su tiempo, capitán, ya saciarás tu curiosidad. Tendrás tiempo suficiente para ello, pero primero cuéntame cómo has llegado a Ío.

Hut comprendió que era inútil negar toda la verdad.

Se podía decir una parte de ella, la no perjudicial para los planes generales y conservar el resto en silencio.

—Descendí en una cápsula.

—¿Dónde está la cápsula?

—A orillas del mar del amoníaco.

—¿Y cómo has llegado hasta aquí?

—Caminando —mintió Hut, para no delatar la presencia del «atom-hover» que, en caso de emergencia, sería su salvación.

—Es mucho camino.

—Tengo buenas piernas.

—¿Para qué viniste a Ío?

—Me pidieron como voluntario para una misión arriesgada.

—¿La de venir a espiarme?

—A conversar contigo, Íkaro, pero por lo visto no se fiaban demasiado de un ex presidiario como yo y pusieron a un centinela a mi lado. Ya lo viste, un cabo de la milicia espacial activa.

—¿Sólo un cabo como escolta? —repitió, incrédulo.

—No querrías que bajara con toda la fuerza de desembarco, ¿verdad? Entonces habría sido inútil mi presencia.

—Toda la milicia no, pero algunos milicianos más sí es posible que te acompañaran.

—Ojalá lo hubieran hecho. Posiblemente no estaría ahora aquí encadenado.

—No eres muy listo, capitán.

—¿De veras crees lo que dices?

Íkaro, siempre seguro de sí mismo, soltó una carcajada.

—Ya sé que eres listo, Fireman, y hasta podría tener algunos planes para ti.

—¿De qué clase?

—Cuando llegue el momento, si me interesa, te los contaré. Después de todo, estás muy cerca de mí. Cuando quiera buscarte, no tardaré en hallarte.

—Ya, encadenado a esta piedra no es fácil que pueda huir.

—Es lo que pensé al ordenar que te encadenaran.

—Ni pienses sólo en mí, Íkaro, piensa también en...

—¿En los que están en órbita? —preguntó rápidamente.

—Sí. Un antiguo amigo tuyo es quien comanda las fuerzas milicianas del espacio.

—Sí, ya lo sé, el coronel Dimitry. Lo he oído berrear por los emisores pidiendo que nos rindamos. Esta vez no se saldrá con la suya. No se repetirá la masacre de los neoselenitas.

—Si no me pongo en contacto con ellos, pensarán que hemos sido exterminados y nos atacarán.

—Que lo hagan, estamos protegidos por las baterías láser. Ya hemos demostrado nuestro poder con la nave que pretendía iniciar el descenso. Las naves, en el primer rozamiento con la atmósfera, pierden su reflexibilidad y se hacen vulnerables a nuestras baterías.

—Sí, ya lo ha constatado desagradablemente el coronel Dimitry y está furioso, pero puede intentar arrasar Ío con sus superfortalezas espaciales. Tiene medios bélicos para conseguirlo.

—Que lo intente. Tenemos rehenes para tomar represalias. Cuando llegue el momento, tú mismo podrás hacer una relación de los nombres de nuestros rehenes. Creo que el coronel Dimitry seguirá en órbita por tiempo indefinido.

—¿Y si pese a lo que yo diga, atacan?

—Iremos exterminando a los rehenes, y, por supuesto, lucharemos. Estamos en ventaja, no podrán contra mis planes.

—Te creía más inteligente, Íkaro. ¿De veras opinas que puedes crear un imperio en Ío? ¿Cuánto tiempo ibais a durar?

—¿Acaso no te he repetido en varias ocasiones que tengo mis planes?

—No me digas que vas a fundar ciudades y ejércitos con tus amotinados.

—Haré algo más importante. Escapar de Júpiter primero y dirigir a Ío hacia la Tierra. Me convertiré en el segundo satélite terrestre.

—¿Que vas a quitarle el satélite a Júpiter desviando a Ío

millones de kilómetros de distancia estando vosotros en su suelo? Vamos, Íkaro, ni Julio Verne, en los siglos pasados, se atrevía a escribir utopías semejantes.

—No hay utopías para la técnica. Yo, Íkaro, soy el primer emperador de Ío. Llegaré a la órbita terrestre y luego pediré que la Luna me sea entregada con sus vehículos y bases completas.

—Sigo creyendo que desvarías, Íkaro.

—No desvarío. El Gobierno mundial tendrá que acceder a mis peticiones o estrellaré a Ío contra la Tierra, haciéndola pedazos con la masa de Ío —masculló con furia y odio en sus ojos pequeños.

—Pero, ¿te das cuenta de lo que estás diciendo? ¿Qué clase de poder crees poseer para desplazar un astro de las dimensiones de Ío de su órbita de atracción jupiteriana? Hasta ahora se han hecho algunas cosas semejantes, pero solo con pequeños asteroides para evitar el riesgo de choques, jamás con un astro como Ío, del tamaño de la Luna terrestre. Es un absurdo, Íkaro, y tú no puedes ignorarlo.

—Cuando te muestre sobre lo que estamos trabajando, si es que llego a hacerlo, te taparé la boca, maldito y engreído capitán de los spacemen. ¿Acaso ignoras que el hombre no conoce unos filones más ricos de ío-plutonio 2.000, una energía tan pura, como la que se extrae de este satélite? ¿Has olvidado cuando trabajabas en las minas? Ío es rico en energía nuclear porque posee ío-plutonio 2.000 en la cantidad que desea y le sobra.

—¿Piensas emplear la energía del ío-plutonio 2.000 para mover a tu voluntad este satélite y cambiar la dinámica del espacio enviándolo por las rutas que a ti mejor te parezcan?

—Sí. El hombre, en todas las épocas, se ha creído insuficiente, pero somos seres muy poderosos. Creía que el fuego no se podía dominar y hace un siglo que ya desechó los simples fósforos con los que conseguía el fuego. Movió montañas, abrió nuevos ríos, hizo hervir el mar y arrasó cuanto quiso. El hombre ha sido muy poderoso para vencer la naturaleza de un planeta como la Tierra o de un astro como Ganymedes, totalmente reformado como el propio Ío, medio habitable, pero ahora será distinto. El hombre navegará por el espacio en la dirección que quiera sin necesidad de utilizar naves, en el propio astro donde viva. Arquímedes, doscientos doce años antes de Jesucristo, dijo: «Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo»». El mundo, entonces, lo consideraban la Tierra. Íkaro será el primero que mueva un gran astro. Luego, me apoderaré de la Tierra. Tengo mis

planes, capitán. Prepararé la Tierra al igual que se ha hecho con Ganymedes a base de macrotermos calefactores que hundiré en el mar y después, con los dos satélites, la Luna e Ío, que dejaré en órbita terrestre para que nos abastezca siempre de ío-plutonio 2.000 comenzaré el viaje. Me alejaré del Sol e iremos en busca de otros sistemas estelares. La Tierra, con sus dos Lunas, se convertirá en un planeta viajero, será el imperio de Íkaro, un imperio al que estoy colocando la primera piedra en estos momentos.

Hut Fireman recordó a los hombres que viera enloquecer en el satélite de castigo debido a la presencia gravitatoria de Júpiter, con su enorme masa.

Íkaro debía haber corrido la misma suerte, no podía pensarse otra cosa después de los absurdos que acababa de escuchar. Lo malo era que Íkaro dominaba el satélite de castigo y estaba armado. Tenía seguidores dispuestos a todo, rehenes y, además, tenía a Surah.

—¿Y Surah, dónde está Surah?

—Te gusta la profesora, ¿eh, capitán? —preguntó el neoselenita, con contenida risa.

—Sí, me gusta y es un ser humano. ¿Dónde está?

—En mi poder.

Dio una patada en la cara de Hut. Este, que se había separado del bloque de granito, volvió a quedar con la espalda pegada a él, mientras un hilillo de sangre escapaba por la comisura de sus labios.

Pese a su desesperada situación, Hut Fireman mascó las palabras cargadas de amenaza.

—Si le has hecho algo a la chica, refuerza estas cadenas o mátame, porque este granito y el acero no serán suficientes para evitar que te destruya.

—Si tanto te interesa ver a Surah, te complaceré.

Dio dos fuertes palmadas que hallaron eco en la gran sala vacía.

CAPÍTULO VIII

Surah vestía una casaca y shorts ajustados color plata. Sus brazos estaban ceñidos hasta las muñecas y unas botas ocultaban sus piernas hasta las propias rodillas.

A cada movimiento de su cuerpo grácil, millares de destellos escapaban de su vestido.

El cabello azabache seguía cayendo sobre su espalda, hombros y parte del joven y erecto busto. La casaca se cerraba alrededor de su cuello, realzando la esbeltez de su figura. Su rostro era grave y los ojos de tonalidad violeta estaban llenos de amargura.

Cruzó la gran puerta enrejada y caminó recta hacia el lugar donde se hallaba Íkaro, tratando de rehuir la mirada penetrante del hombre encadenado al bloque de granito.

Fireman no le quitaba los ojos de encima y el sabor de la sangre en su boca se le antojaba hiel. No comprendía lo que estaba ocurriendo. ¿Le habría engañado aquel rostro angelical? No, no podía ser. La había hallado desesperada, aterrorizada en la plantación de maíz, no muy lejos del desierto que circundaba el mar de amoníaco. ¿Qué habría ocurrido después?

—¡Surah!

—Hut, ¿qué te ha ocurrido? Tienes sangre en la boca. —Se volvió agresiva hacia Íkaro—. ¿Qué le has hecho?

—Bah, una caricia.

—El pacto fue que respetarías su vida y no le harías tortura alguna.

—Y no lo he torturado, Surah —sonrió Íkaro, como complaciéndose en ver sufrir a la chica.

—¿De qué pacto estás hablando, Surah? —interpeló Hut, tratando de ponerse en pie sin conseguirlo, ya que las cadenas no eran lo suficientemente largas para permitírselo.

Por unos instantes, Surah se mordió los labios y volvió la cabeza. Al mirar de nuevo a Hut, ya se había recuperado un tanto.

—Creo, Hut, que ese pacto no importa ahora.

Íkaro, que semejaba gozar con el sadismo, aclaró las cosas.

—Surah, la bella e inteligente Surah, va a casarse con el emperador Íkaro.

El propio Hut Fireman no había intuido que la noticia le molestara tanto. Era como si acabaran de darle un patadón en mitad de la boca del estómago.

—No es posible, Surah. Dime que no vas a cometer esa estupidez.

La profesora de Parapsicología, haciendo un esfuerzo por dominarse, tuvo que aceptar la realidad.

—Sí. —Luego se volvió hacia Íkaro, pidiendo—: Quiero marcharme.

—No, todavía no. Antes, este superlisto debe de enterarse de lo que ocurre. Quiero que sepa que él está vivo gracias a ti.

—Surah, ¿es cierto lo que dice Íkaro?

La mujer tuvo que aceptar, una vez más.

—Perdimos, Hut, perdimos al ser capturados, por ello no quería regresar. Sabía que algo desagradable ocurriría.

—¿Tan desagradable te soy, Surah? —preguntó Íkaro, sonriendo suficiente.

Si se había molestado, no lo demostró.

—Prefiero irme.

—No, todavía no. Spaceman, os capturamos a los dos y a todos los otros que, querían escapar. Por supuesto, todos los rehenes están nuevamente en las celdas, pero vosotros dos erais un caso especial. Surah sabe que siempre he sentido un especial interés por ella. Mírala bien, spaceman. ¿Verdad que es hermosa?

Para mostrarla, el neoselenita cogió a la profesora por el brazo, obligándola a colocarse frente a Hut, que seguía encadenado al granito.

—Suéltame, Íkaro, me haces daño.

—Es muy hermosa e inteligente. Hace tiempo que lo sé.

—¿Crees que vas a quedar satisfecho obligándola por la fuerza a casarse contigo? —le preguntó Hut, abiertamente.

—Sí lo seré. Ella hará lo que yo ordene, ¿verdad, Surah?

—No sé hasta dónde aguantaré.

—Aguantarás siempre, Surah, siempre. En el momento que me falles, este capitán, que tanto te gusta, morirá en medio de tortura y no lo hará solo. Le acompañarán un par de los rehenes que tenemos en las celdas. ¿Qué te parece, querida? Será una buena diversión. No creo que te interese escapar o negarte a mi voluntad.

—No serás siempre tan poderoso, Íkaro, y entonces pagarás tus crímenes —puntualizó la propia profesora.

—De modo, Surah, que para salvarme la vida has tenido que doblegarte a su voluntad.

—Sí. Al principio se puso un poco terca. A ti, Fireman, tuvimos que darte una sobredosis de somnífero para que siguieras durmiendo y ella ha tenido tiempo de pensar qué es lo que más le conviene. Ha acabado aceptando lo mejor para todos.

—Surah, por mí no lo hagas. ¿Qué importa mi muerte?

—Ya he tomado mi determinación, Hut. Me casaré con Íkaro. Nada puedo hacer, porque él es quien manda.

—¿No te he dicho que es una mujer lista, además de muy hermosa?

—Escoge a otra, Íkaro, déjala en paz. Hay neoselenitas en reclusión, secuaces tuyas de amotinamiento... Elige a una de ellas para tu absurdo imperio.

—No, me interesa. Surah, me gusta más. Vaya ser el emperador, y mis súbditos no son sólo neoselenitas sino simples terrestres como vosotros. Precisamente entre los reclusos los neoselenitas no somos los más.

—Entiendo. Si la pareja que mande es mixta, los súbditos serán más obedientes.

—Exacto, capitán, no tendremos problemas. Ya te he dicho que

tengo mis planes, pongo bien mis cimientos. Esta no será la obra de una generación sino de muchas generaciones. Fundaré el primer imperio del espacio, un mundo errante que pasará de un sistema estelar a otro, quizá de una galaxia a otra. Mis súbditos vivirán en la Tierra, la Luna o en Ío, que será satélite orbital terrestre. Con la gran reserva de energía de Ío, seremos dueños de nuestro propio camino. Escaparemos a la esclavitud del sol. Por primera vez a lo largo de su historia, el ser humano será completamente libre.

—Íkaro, eso es absurdo, absurdo —repitió Rut.

No le cabía duda, la mente de Íkaro había enloquecido, lo malo era que él tenía el poder como Surah había puntualizado.

—Capitán, tú asistirás a nuestra gran boda. Cuando nos libremos de las superfortalezas espaciales que nos amenazan en órbita, se celebrará la boda, está decidido y tú serás como un perrito para Surah. Si ella se porta bien, tú vivirás encadenado al bloque de piedra. Si por el contrario me desobedece, tú recibirás tormento. Ahora sí nos podemos marchar, querida Surah. La curiosidad del capitán Fireman ha quedado satisfecha y espero que no sea tan iluso de soñar con el coronel Dimitry y sus fuerzas. No se atreverán a enfrentarse a mí porque les destruiría y, por supuesto, a los rehenes.

—La milicia activa no se alejará aunque ejerzas presión con los rehenes —le advirtió Fireman.

—No importa. El satélite Ío será quien se marche y el asombro de todos será inmenso. Ya lo verás, capitán, ya lo verás. ¿Verdad, Surah, que vivirá para verlo?

La pregunta había sido hecha mientras cogía a la hermosa mujer por el brazo y la alejaba del encadenado en dirección a la puerta.

Surah bajó la cabeza y antes de desaparecer por la puerta, lanzó una última mirada a Hut Fireman.

La puerta de barrotes de acero se cerró tras la pareja. Hut quedó solo con la piedra, las cadenas y sus pensamientos que pesaban más que el granito.

Se lamentó por haber tratado de salvar a Surah. Él había quedado narcotizado y a ella la habían presionado con su posible muerte.

No le cupo duda. Surah lo amaba tanto como él a ella cuando

había sido capaz del sacrificio de doblegarse a las órdenes de un psicótico neoselenita.

Tiró con rabia de las cadenas y sólo consiguió herirse las muñecas. El acero era tan grueso que resultaba imposible partirlas. Ni un histórico gorila lo hubiera conseguido.

Quiso juntar sus manos, mas éstas no llegaban a tocarse entre sí. El largo de cada una de las cadenas que sujetaban sus respectivas muñecas no permitía que las manos se juntaran y la espalda sólo podía despegarla un par de pies de la piedra.

Estirando sus manos hacia abajo, logró medio incorporarse y terminar sentándose en la piedra. No iba a ser un catre muy cómodo. No hacía falta que lo encerraran en una celda. Estando encadenado a aquel bloque no podría escapar.

Tuvo que resignarse a su suerte. Se sentó en el suelo y apoyó su espalda en el granito. Alguna oportunidad se le presentaría.

Pasaron las horas. Hut pensó que podían ser diez o sólo dos. En las circunstancias en que se hallaba, un siglo podía parecer un segundo y viceversa.

La gran puerta de barrotes se abrió dando paso a un hombre. Por su indumentaria, era uno de los reclusos amotinados bajo las órdenes de Íkaro. En bandolera llevaba un fusil láser; debían haber vaciado todo el armero.

En su mano portaba una bandeja vitriplástica con dos envases cerrados conteniendo alimentos.

Hut Fireman puso sus músculos en tensión, pero su rostro no expresó furia sino resignación. Deseaba sorprender a aquel recluso convertido en carcelero del satélite de castigo.

—Te traigo un poco de comida para que no revientes. Íkaro ha ordenado que te mantengamos vivo.

—¿Para qué? Preferiría morir —dijo con desaliento cuando sus músculos estaban tirantes como cables de acero.

Cuando el carcelero se inclinó sobre Hut, éste le propinó un puntapié por debajo de la barbilla que le hizo caer hacia delante.

Después, le pasó las piernas alrededor del cuello. Juntó sus pies y ejerció gran presión en derredor de la garganta del secuaz de Íkaro, que trató de librarse de aquel collar golpeándole con sus puños.

Mas Hut, que no podía utilizar las manos, aguantó la lluvia de puñetazos sin soltar su presa que comenzó a debilitarse hasta que finalmente dejó de moverse.

Cuando Hut abrió las piernas, el guardián había perecido.

En su cinto tenía llaves, una de ellas podía ser la que encajara en los grilletes de acero de sus muñecas, pero, ¿cuál?

Sus dedos no llegaban al manojo de llaves. Tuvo que sentarse sobre la piedra y tirar con los pies del cuerpo exánime del carcelero hasta conseguir acercarlo cuanto le fue posible.

Al fin, puso al alcance de su mano las llaves del cinturón de aquel sujeto. Las tomó, pero con una mano no había forma de introducir la llave en la cerradura del grillete que sujetaba la otra muñeca. Estaban demasiado separadas entre sí.

Decidió utilizar la boca. Se colocó entre los dientes una de las llaves que, por su tamaño, le pareció la apropiada y luego, con la boca, la introdujo en la cerradura.

Era un modelo que, por complicado, resultaba simple. Sólo había que dar un cuarto de vuelta y los finos engranajes se soltaban. Así sucedió, viéndose libre de la primera de las cadenas. Con una mano ya suelta, no le costó mucho desprenderse del otro grillete.

Tomó el fusil láser del carcelero y miró la comida con resignación. Estaba hambriento, pero no podía entretenerse en comer. Tomando las llaves, corrió hacia la gran puerta de barrotes por la que salió.

Conocía bien el lugar. Sabía a la perfección dónde se hallaba y por ello encaminó sus pasos hacia las celdas de castigo y aislamiento.

No era momento todavía de ir en busca de Surah.

Primero, debía poner a los rehenes en libertad, aunque ignoraba si afuera había mucha luz o ya era de noche nuevamente. No sabía el tiempo transcurrido desde su captura.

Cuando salió al exterior vio que la suerte le favorecía. Era de noche, una noche cerrada propia de las lunas de Júpiter cuando el gran planeta les eclipsaba totalmente el sol con su enorme masa.

Se acercó a la puerta de entrada que conducía a las galerías del subsuelo. Había ya un nuevo centinela.

Hut debía de librarse de él y empleó la misma táctica que la vez anterior. El guardián no tardó en yacer en el suelo.

Lo introdujo en el edificio y buscó la cabina del oficial. Era posible que hubiera alguien dentro de ella, por lo que gateó para no ser visto.

A través de la cabina nada podía verse. Los vidrios polarizados lo impedían.

Abrió la puerta y el recluso que se hallaba en su interior quiso reaccionar, mas Hut no le dio tiempo disparando contra él el dardo del fusil láser que lo eliminó instantáneamente antes de que el amotinado tuviera tiempo de tirar de la palanca de alarma general.

Hut, que sabía ya cuál era la desconexión electrónica de las celdas, la manipuló. Abandonó la cabina y se dirigió hacia la puerta que conducía a las galerías del subsuelo. Otro centinela estaba allí. Ambos quedaron frente a frente. Hut Fireman fue el más rápido.

El dardo del láser lo atravesó de parte a parte sin permitirle proferir un solo grito.

La alarma, en aquel sector, estaba totalmente destruida y no se habían preocupado de repararla. La puerta también se hallaba destruida, él mismo la había fundido.

Bajó rápidamente las escaleras de granito y al llegar a la galería, descorrió el primer cerrojo. Desconectado ya el cierre electrónico, la puerta cedió de inmediato.

—Capitán, ¿otra vez aquí?

—Sí, y espero que sea la definitiva, alcaide. Acabo de escapar de unas cadenas. Ayúdeme a descorrer cerrojos hasta soltarlos a todos. Vamos, rápido y sin hacer ruido o seremos descubiertos y con las granadas narcotizantes, que usted debió de emplear a tiempo contra los amotinados, seremos capturados de nuevo.

El alcaide, ansioso de escapar y ayudar, fue descorriendo cerrojos y entre los dos no tardaron en liberar a todo el personal que se hallaba como rehén y que formaba una veintena.

—¿No hay más?

El alcaide explicó:

—No, los otros fueron bárbaramente asesinados. Íkaro y sus

secuaces tenían sed de sangre y se saciaron. Sólo quedamos vivos los que estamos aquí.

—Pues no perdamos tiempo y salgamos al exterior. Es de noche y la oscuridad va a ayudamos.

—¿Por cuánto tiempo? El salir no equivale a obtener la libertad.

—Sí la obtendrán. No podrán escapar hasta que la milicia espacial activa se haga cargo de la situación, pero podrán ocultarse en los campos de maíz cerca del mar del Amoníaco.

—Allí hace mucho frío. Carecemos de todo lo necesario para subsistir y quién sabe cuánto tiempo se tardará en reducir a Íkaro y a sus secuaces.

—Tendrán que componérselas como puedan. Cojan las armas que encuentren de los centinelas que he eliminado e inicien la marcha hacia los maizales. Escóndanse allí. Refuercen sus vestiduras con hojas de caña de maíz. Constrúyanse una cabaña para protegerse del frío y coman maíz. No puedo decirles otra cosa, por el momento. Cuando la lucha termine, les encontraremos enseguida con nuestros detectores de infrarrojos. Formen un grupo suficientemente grande para ser localizados con prontitud. Si quieren salvar sus vidas, hagan lo que les digo; de otro modo no escaparán.

—Bien, capitán, como usted ordene. Nos esconderemos en los maizales. Tienen las suficientes millas cuadradas como para podernos camuflar, en el caso de que ellos no empleen también los detectores de infrarrojos.

—Les daremos suficiente trabajo como para que no se entretengan buscándolos. Además, me encargaré de destruir todos los vehículos que vea. Si quieren seguirles, que sea a pie y así podrán ustedes defenderse. Alcaide, tome mi propio fusil y recojan los demás que encontrarán por el camino. Si los emplean estratégicamente, serán más que suficientes.

—¿Quiere decir que usted no vendrá con nosotros? —inquirió uno de los científicos.

—No. Tengo mucho trabajo que hacer.

—¿Cómo va a destruir vehículos sin fusil? —preguntó el alcaide, perplejo.

—Ya me procuraré otro, pero déjenme actuar solo. Si tengo

que preocuparme por todos ustedes, no podré conseguir mis propósitos.

—¿Y la profesora Surah? —preguntó el alcaide, nuevamente.

—Ese es mi primer problema ahora, pero vamos, todos afuera. Tienen que iniciar la fuga o Surah pagará por todos.

Salieron al exterior.

La alarma no había sido propagada, era el momento idóneo para iniciar la fuga y llevaban consigo cuatro armas.

—¡Suerte! —les deseó Hut Fireman, viendo partir hacia las plantaciones de maíz a los rehenes de Íkaro.

CAPÍTULO IX

El teniente Dimitry y Walter habían conseguido apoderarse de un «atom-hover» para transporte de mineral, pero habían sido vistos por uno de los amotinados.

El rebelde disparó su láser contra el vehículo, bloqueándolo.

—Tenemos que escapar de aquí, esto es una ratonera —gruñó el teniente Dimitry.

—Estamos en desventaja. Desde el exterior nos ven mejor que nosotros a ellos.

—Sólo hay uno, debemos eliminado —indicó el teniente Dimitry.

Quisieron abrir una de las puertas y el dardo de un láser les obligó a retroceder.

—Creo, teniente, que ya no es uno solo. Debe de haber pedido ayuda.

—Si no salimos de aquí estamos perdidos —masculló el teniente.

Intentaron abrir la otra puerta del «atom-hover» y un nuevo disparo de fotones les obligó a retroceder, agujereando la chapa de acero de la puerta.

—Creo, teniente, que si hubieran deseado cazarnos muertos ya lo hubieran hecho.

—¿Piensas que nos quieren vivos?

—Eso me temo, teniente.

—Lo que sí parece es que mientras estamos dentro del «atom-hover» no nos molestan. Lástima que ya no funcione.

—Quizá estén esperando refuerzos.

—Pues si les llegan, seguro que nos atrapan. Hay que salir de

aquí.

—¿Por dónde, teniente?

—No lo sé. Salga por una puerta, yo le cubriré y...

El cabo Walter sonrió con sarcasmo, para preguntar después:

—¿Pretende que me suicide para que usted pueda escapar, teniente?

—¿Es acaso un acto de rebelión, cabo? —inquirió, agresivo.

—Oh, no, teniente; no es ningún acto de rebelión... Si lo desea, abro la puerta y trato de escapar. Me matan y usted se queda solo. ¿Sigue en pie la orden?

—Déjelo, cabo.

—La lástima es que hay muchas ventanas en esta cabina y nos verían, porque podríamos tratar de agujerear el techo y escapar por él.

La proposición del cabo Walter no llegó a cuajar. Desde el exterior, les gritaron:

—¡Rendíos! ¡Arrojad vuestras armas y salid con las manos en alto!

El cabo Walter y el teniente se miraron. Apenas podían verse, sólo iluminados por las luces piloto de la cabina del vehículo. Sus rostros adquirían un tono rojo en una mejilla y verdoso en la otra. En derredor, todo negro.

—Creo, teniente, que ha llegado el momento crítico... Usted decide, como superior que es.

—Si nos entregamos, nos matarán —observó el teniente Dimitry, empezando a sudar.

El cabo Walter, más veterano, observó:

—Teniente, es la primera vez que entra en acción real, ¿no es cierto?

—¿Qué trata de decir, cabo?

—Nada —añadió, peyorativo—, sólo que usted es un oficial nuevo y sólo tendrá prácticas de maniobras. Nunca se ha encontrado en un jaleo serio como éste.

—¿Y qué importa eso, cabo? He sido bien preparado. Sus observaciones bastarían para que pidiera que le formasen un consejo marcial.

El cabo, sin quitarle la vista de encima, viendo cómo el joven teniente sudaba copiosamente, preguntó con cierto sarcasmo:

—Usted es el oficial, teniente, decida. ¿Nos quedamos aquí para luchar o nos entregamos? Es un hecho que estamos atrapados. No hemos tenido suerte al subir a este vehículo carguero con la pretensión de pasar inadvertidos y desplazamos a la zona «Granito».

—¡Rendíos o comenzaremos a fundir el vehículo con vosotros dentro, os achicharraremos!

—Estamos perdidos, cabo, nos abrasarán vivos, hay que entregarse.

—Lo que usted ordene, teniente —asintió con cierto retintín el veterano cabo.

Dejaron caer las armas y el cabo abrió la puerta, gritando:

—¡Nos entregamos!

—Vamos, cabo, salga usted primero. Vamos, usted primero.

El cabo obedeció sin escapársele la intención del oficial que pensaba que si había disparos de láser los recibiría él.

Se encendió una potente linterna que les iluminó de lleno, cegándolos.

Pronto se vieron rodeados por cuatro de los reclusos amotinados, bien armados, que rieron satisfechos al tenerles prisioneros.

—Son de la milicia activa espacial —indicó uno.

Mientras otro de los amotinados recogía las armas, un tercero dijo:

—Llevémoslos a Íkaro, se pondrá contento.

Empujados por los cañones de las armas e iluminados por las linternas, fueron obligados a avanzar hacia la edificación. Al parecer, pocas veces se ponían al descubierto. Por eso, desde el aire, semejaba que todo estuviera desierto y muerto. Ellos se escondían y avanzaban durante la noche. Eran órdenes del astuto Íkaro.

Íkaro se hallaba en la sala de actos del edificio central, con cientos de butacas, muchas de ellas ocupadas.

Sentado en un sillón sobre el escenario y teniendo junto a él a la hermosa Surah, en pie, Íkaro presidía aquella reunión de los amotinados.

—Cuando terminemos los macromotores nucleares, accionados con la energía del ío-plutonio 2.000, energía que en este astro existe en abundancia y es prácticamente inextinguible, impulsaremos a Ío en dirección a la Tierra. Nos apartaremos de la nefasta influencia de Júpiter, que pesa sobre nuestros cráneos y escaparemos a su órbita. Jamás antes de ahora el hombre ha podido desplazar un astro de su lugar como lo haremos nosotros. Cambiaremos la dinámica del espacio. Moveremos a Ío en dirección a la Tierra y nos situaremos en su órbita. Seremos su segunda Luna y desde la órbita someteremos al terror a los terrestres que, si quieren vivir, tendrán que entregarse y claudicar ante nuestro poder, todo gracias a los macromotores que hemos ideado y que debemos terminar cuanto antes. La milicia activa del espacio nos está amenazando con sus poderosas superfortalezas espaciales, pero nosotros las detendremos. Tenemos rehenes con qué doblegarlos. Ellos ignoran cuáles son nuestros proyectos, pero hay que perforar en la zona «Granito» esos pozos que serán los tubos de retropropulsión atómica que utilizaremos. Nunca a nadie se le ha ocurrido convertir una zona de granito muy extensa en diez poderosos motores. Cada uno de ellos tendrá una fuerza jamás igualada anteriormente, veinte veces superior a la de un volcán terrestre del tipo Vesubio, ya extinto. Grandes chorros de fuego serán impulsados hacia el espacio y nos moveremos por retropropulsión. Es cierto que, aunque nuestra fuerza sea superpoderosa, el avance será muy lento en principio, pero cuando consigamos adquirir el impulso necesario, ya podremos detener los motores porque este satélite en el que seguiremos viviendo recorrerá el espacio en dirección a la Tierra como un verdadero meteoro. Sólo tendremos que utilizar los motores para corregir la ruta que nos ordenen las computadoras y frenamos en cuanto queramos situamos en la órbita terrestre. Es el proyecto más fantástico que jamás haya imaginado hombre alguno, pero Íkaro, vuestro emperador, lo conseguirá para todos vosotros —gritó con verdadero entusiasmo.

Los amotinados se pusieron en pie y vitorearon el nombre de Íkaro con fanatismo.

En aquellos momentos en que los gritos ensordecían la gran sala de actos, penetraron en ella el teniente Dimitry y el cabo Walter,

empujados por las armas de sus captores.

Por el pasillo central fueron conducidos hasta el pie del escenario.

Íkaro y Surah los observaron desde su puesto privilegiado.

—Surah —exclamó el teniente, sudando y sonriendo a la vez.

Veía en la mujer una tabla de salvación.

—Íkaro, no les haga nada —suplicó la joven.

—¡Silencio, callaos! —vociferó Íkaro a sus secuaces, consiguiendo acallar los vítores a su persona.

—Surah, no hemos herido a nadie. Tratábamos de escapar en un «atom-hover» de carga y nos han capturado.

Íkaro, que se daba cuenta de que el teniente estaba abogando por su vida, puntualizó irguiéndose:

—Quien manda en Ío soy yo. Ella será la emperatriz, pero cuando se case conmigo.

Walter preguntó:

—¿Nos engañó, profesora?

Surah denegó con la cabeza, pero no añadió nada más. Se percataba de que hablar en aquellos momentos complicaría más las cosas.

Íkaro estaba excitado por aquella especie de mitin, por la arenga que había estado dando a sus seguidores. Les ofrecía poder, libertad, cuando hasta entonces sólo habían sido reclusos en el satélite de castigo.

—Y bien, Surah, conque sólo era el spacemen, el cabo y tú. Ahora aparecen dos más. ¿Cuántos hay en total?

Surah no respondió. Íkaro, astutamente, no quiso presionarla. Iba a ser su esposa, la emperatriz de su pueblo y no convenía humillarla y castigarla públicamente.

—Nosotros sólo hemos bajado a Ío para observar lo que ocurría en el satélite, ésa era nuestra misión —puntualizó el teniente.

—Pues habéis observado suficiente y ya tengo demasiados

rehenes. Son más bocas que mantener y más tarde o más temprano los alimentos escasearán en Ío hasta que nos apoderemos de Ganymedes en unión de la Tierra.

—Surah, no dejarás que nos maten, ¿verdad?

—Teniente, no se dirija más a Surah o le arranco la lengua con mis propias manos.

El cabo Walter, junto al oficial, objetó en voz baja:

—Le creo muy capaz de hacerlo.

—No sea estúpido, cabo. Hay que buscar el medio de salvar la vida. Estos presos amotinados pueden pasarnos por las armas.

—Pues envíe una llamadita al coronel para que venga a salvamos, teniente. Al descender en la misión, ya sabía a lo que se exponía. ¿Acaso creía que estaba jugando en la academia militar?

—Teniente, ¿cuál es su nombre?

A la pregunta de Íkaro, el joven oficial tragó saliva, pero respondió:

—Dimitry.

—¿Dimitry? Yo conocía a un miliciano del espacio que también se llamaba Dimitry, pero era coronel.

—Es su padre —dijo el cabo.

El oficial quiso protestar, pero su voz falló.

—Vaya, vaya, conque el coronel Dimitry es el padre de nuestro prisionero. Qué interesante.

Íkaro se relajó en su butaca, colocada a modo de trono.

—Sí, y mi padre es quien manda las fuerzas milicianas activas del espacio que están en órbita.

—Sí, ya sabía que el coronel Dimitry estaba arriba y le tengo muy, pero que muy pocas simpatías. ¿Sabe que gracias a la labor de su papá murieron muchos amigos míos y yo mismo fui encerrado de por vida, condenado a trabajos forzados en este satélite?

Hubo un clamor de murmullos en la sala.

El teniente, pálido, casi sin sangre en el rostro, balbució:

—Un miliciano no es culpable de las órdenes que ejecuta.

—Sí, ése es un tema que ha sido discutido a lo largo de la historia, pero han ajusticiado a muchos por cumplir misiones; claro que las víctimas son las que se fastidian. No soy un hombre vengativo, a menos que me obliguen a serlo, aunque si yo hago llegar a su padre, al importante y soberbio coronel Dimitry, la noticia de que su retoño está en mis manos, será más cauto y obediente a mis peticiones.

—Sí, sí, mi padre me estima mucho. Hará lo que le pida con tal de que salve mi vida.

Walter giró la cabeza para mirar al oficial con desprecio mientras Íkaro soltaba una carcajada.

—Conque el papá teme perder a su niño, bien, bien. Nos aprovecharemos de la situación, pero antes quiero saber más, mucho más.

—¿Sobre qué? —preguntó Dimitry.

—Con respecto a los que habéis bajado al satélite... ¿Cuántos componíais la misión y cuáles eran vuestros objetivos?

Dimitry, acuchillado por la mirada de Surah, que también demostraba su desprecio hacia el oficial que al hallarse en situación apurada se había tornado sumamente vulnerable, vaciló.

Walter, a su lado, siseó:

—Si habla, lo mato, teniente.

—Cierre la boca, cabo, u ordeno que lo maten aquí mismo —advirtió Íkaro. Se volvió de nuevo hacia el teniente y advirtió—: Vamos, teniente, hable de una condenada vez. Suelte todo lo que sabe o no oirá la voz de su padre nunca más.

—No, no me matará, aunque no hable. Le conviene tenerme vivo para presionar a mi padre, el coronel.

Íkaro volvió a reír; no era fácil amedrentarle.

—Eso es cierto, teniente, pero lo que su padre no sabrá es si su hijo se ha quedado sin manos o pies, y total para nada, porque terminará hablando. Podemos limpiarle la mente. Existe todo un laboratorio de Parapsicología para lavarle el cerebro, aunque no quiero conducirle allí todavía. Quiero gozar de su cobardía, de su ridiculez. Quiero divertirme con un Dimitry, verlo retorcerse de dolor

y suplicar clemencia, hablar por los codos, porque usted hablará. Es uno de esos cobardones que hablan, esté seguro. En cuanto le apliquen el primer láser achicharrándole la mano, hablará, y si no lo hace, comenzaremos por su otra mano. Yo no tengo prisa; en cambio, a cada minuto que usted pierda, perderá algo muy importante de su cuerpo.

—¡No será capaz!

—¿Que no seré capaz? —De nuevo lanzó una carcajada estentórea—. Mi pueblo quiere ver lo fuerte, lo poderoso que soy. ¡Tú! —interpeló a uno de sus secuaces.

—A la orden, Íkaro.

—Prepara tu fusil y que levante una mano. Se la achicharras.

—Con mucho gusto, Íkaro.

El sujeto del fusil se preparó y entre dos sujetaron a Dimitry mientras un tercero le obligaba a levantar el brazo para que su mano quedara en el aire.

—¡No, no me torturen, hablaré, hablaré!

—Has aguantado poco, teniente, pero que muy poco. Me resultas poco divertido, lo confieso —se mofó Íkaro.

—¡Eres perverso! —le acusó Surah.

—¡No, no me hagan nada, les diré lo que quieran, lo que quieran! —gritó ya muerto de pánico el teniente Dimitry, cuya integridad se había desmoronado por completo.

De pronto, el cabo Walter arremetió contra el oficial dispuesto a acallarlo para siempre y que no dijera nada en su desesperada cobardía.

—¡Maldito! —gritó el cabo.

—¡Matadlo! —ordenó Íkaro, tajante.

Antes de que Walter pudiera descargar su puño contra el rostro del teniente, un dardo de láser le dio de lleno en la cara.

El desgraciado cabo se tambaleó y con el semblante desfigurado, cayó al suelo sin vida. Surah, horrorizada, se volvió para no verlo.

—Y bien, teniente, ¿quieres seguir su mismo camino o nos lo

cuentas todo?

Dimitry apenas podía tragar saliva. Miró al cabo y su desfiguración le produjo náuseas.

—Bajamos en una cápsula de descenso —comenzó a explicar.

—Eso ya me lo figuro. Sigue —apremió Íkaro.

—El capitán Fireman es el comandante de la misión. Luego, estaba yo y cuatro hombres más.

—¿Seis en total?

—Sí.

—De modo que aún hay dos sueltos por ahí.

Dimitry no tuvo ni deseos de preguntar a quiénes habían capturado. Al ver a Sarah imaginó que uno de los caídos había sido el propio Fireman.

—Teníamos que llegar a un pacto con los amotinados.

—¿Dónde están los otros dos?

—No lo sé, nos separamos por parejas. La profesora Surah iba con el capitán Fireman y el cabo Kamura.

—Eso ya lo sé, imbécil, no me hagas perder tiempo. ¿Dónde están los otros dos?

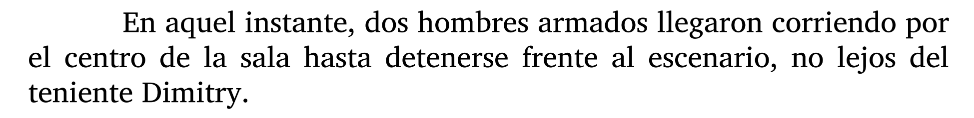
—Lo ignoro. Tenían la misión de destruir las baterías cañoneras láser.

—Conque ésa era su misión, ¿eh? Destruir las cañoneras... Bien, bien. Rápido, formen tres o cuatro grupos y salgan a la caza de esos dos milicianos que intentan destruir nuestras defensas.

Surah intervino:

—Si los matas, bajarán otros.

—Los esperaremos —dijo Íkaro, satisfecho por la captura. Después, ordenó a dos de sus hombres—: Encerrad al teniente en el laboratorio de Parapsicología. Colocadle un bloque de piedra y cadenas como al capitán Fireman. Es posible que allí lo volvamos idiota. Al coronel Dimitry no le bastará con tener un hijo cobarde, sino, además, demente.



En aquel instante, dos hombres armados llegaron corriendo por el centro de la sala hasta detenerse frente al escenario, no lejos del teniente Dimitry.

—¡Íkaro!

—¿Qué ocurre, qué es esa forma de correr?

—¡El capitán de los spaceman se ha escapado! —explicó, jadeante, uno de los hombres.

—¡Inútiles ! ¿Cómo ha podido escapar si estaba encadenado?

—Ha matado al carcelero y ha huido, pero lo malo es que ha puesto en libertad a todos los rehenes.

—¿A todos los rehenes? —El rostro de Íkaro se congestionó—. ¿Dónde están los rehenes ahora?

—No lo sabemos, Íkaro, han escapado. No están en sus celdas y hay varios de los nuestros muertos. Ese capitán es el demonio en persona.

—Hay que atraparle a él y a todos los demás, nos hacen falta. ¡Vamos, todos afuera, coged las armas! ¡Hay que capturarlos al precio que sea!

CAPÍTULO X

Hut Fireman, amparado por las sombras que le ofrecía la cerrada noche, observó cómo los reclusos amotinados brotaban por centenares del edificio central, como si dentro hubiera ocurrido algo muy terrorífico o temieran que el techo se les derrumbara encima.

Ya en el exterior, se formaron grupos. Dedujo que habían descubierto su fuga y también la de los rehenes, disponiéndose a buscarlos, pero la noche sería la enemiga de los amotinados.

No vio a Íkaro ni a la joven y su objetivo era ahora Surah, la bella profesora que se hallaba en poder del neoselenita.

Aguardó a que saliera todo el mundo. Esperó unos minutos, y al ver que no salía nadie más del edificio central, decidió entrar en él. Lo hizo por la puerta de administración. Interiormente, todo el edificio se comunicaba.

Sin tropiezos, y evitando encontrarse con los secuaces de Íkaro para no descubrir su presencia, se fue adentrando en el edificio. Por los corredores que conocía bien se dirigió a la sala de actos. Si todos habían salido en tropel es que habían estado reunidos en alguna parte y tanta gente de una sola vez sólo cabía en la citada sala.

La gran sala estaba vacía, pero olía a humanidad.

No cabía duda de que la reunión se había celebrado allí.

El escenario, con su tarima y la gran butaca a modo de trono, le hicieron sonreír con sarcasmo. No le cabía duda, aquél debía ser el sitial de Íkaro desde donde arengaba a sus amotinados.

A los pies del escenario descubrió un cadáver.

Era un miliciano, pero su rostro estaba desfigurado.

Por sus galones lo clasificó como un cabo, pero, ¿qué cabo era?

Para Hut era importante saber cuál de las dos parejas había sido capturada. Buscó en su documentación y halló la tarjeta distintiva del cabo.

—Walter... —Quedó un instante pensativo, en cuclillas junto al cuerpo, y se dijo, deductivo—: Eso indica que lo más posible es que el teniente Dimitry haya caído en poder de Íkaro.

Por un instante, quedó desconcertado. ¿Por dónde debía buscar?

Comenzar a registrar todas las dependencias sería un trabajo tan prolijo que en varios días no terminaría y no podía perder ni siquiera minutos. Debía dejar libre su intuición, y de pronto le vino un nombre a la cabeza.

"Parapsicología»... Sí, buscaría primero en el laboratorio de Parapsicología. Si Surah escapaba, escondiéndose en alguna parte, elegiría un lugar conocido y ese lugar sería el laboratorio.

Abandonó la sala de actos y por la escalera subió al tercer piso de la edificación. Allí estaba el laboratorio de Parapsicología con sus cámaras aisladas para la comprobación de hiperestesias.

Hut corría a toda velocidad en dirección al laboratorio cuando al llegar a él se encontró con un secuaz de Íkaro, armado con un fusil láser idéntico al que él llevaba.

Tenían que reaccionar ambos, y el primero en disparar fue el amotinado, pero ya Fireman, con su prodigiosa elasticidad, había cambiado de lugar y desde su nueva posición apretó el gatillo del fusil.

Brotó el dardo de fotones, alcanzando de lleno al recluso que cayó hacia atrás rebotando contra la puerta de entrada al laboratorio de Parapsicología. Cayó de bruces, quedando boca abajo ya inerme.

No hacía falta deducir mucho para comprender que si había un vigilante allí era porque estaba custodiando algo de importancia.

Abrió la puerta y dentro descubrió al teniente Dimitry, Lo habían encadenado a una piedra semejante a la que le sujetaran a él en la gran celda de diversión.

—No tema, teniente, ahora escapará.

El teniente Dimitry no respondió. Le miró estúpidamente y Hut pensó que se hallaba bajo los efectos de un fuerte *«shock»* emocional, ya que no advertía tortura física en él.

Para no ser descubierto de inmediato, tiró del guardián muerto hacia el interior del laboratorio y cerró la puerta. Buscó las llaves en

su cuerpo y no las encontró.

«Maldita sea, habrán pensado que llevar las llaves es peligroso después de observar mi fuga. ¿Tendrá el propio Íkaro las llaves de los grilletes de Dimitry?, se preguntó.

—Tendré que cortar las cadenas, pero no va a librarse de los grilletes por el momento, teniente. Podría hacerle daño.

El joven oficial no colaboraba, parecía idiotizado…

Hut Fireman disparó el láser contra una de las cadenas primero y luego contra la otra, seccionándolas con el haz de fotones. El teniente quedó liberado del bloque cúbico de granito.

—¿Y dónde está Surah?

Escuchó unos golpes apenas perceptibles. Volvió su rostro hacia una cámara de hormigón de forma cúbica de unos ocho pies de lado. Había una ventana con cristal doble y supuso que muy grueso, pero pese a todo, al otro lado vio la sombra de Surah.

Buscó la puerta. No tenía mandos electrónicos, sino un cierre timón para evitar escapes. Le hizo dar vueltas y la puerta, de unas diez pulgadas de grosor, cedió.

Surah saltó prácticamente sobre sus brazos.

—¡Hut, Hut, Dios mío, me parece increíble!

El hombre no lo pensó dos veces y la besó en los labios. Fue una caricia apasionada, violenta, pero rápida también.

—Surah, no podemos entretenemos. Me están buscando y también a los rehenes. Es el momento idóneo para llegar hasta el «atom-hover» blindado y dar la orden al coronel Dimitry para que desembarque sus tropas en el satélite. Íkaro ya no tiene rehenes.

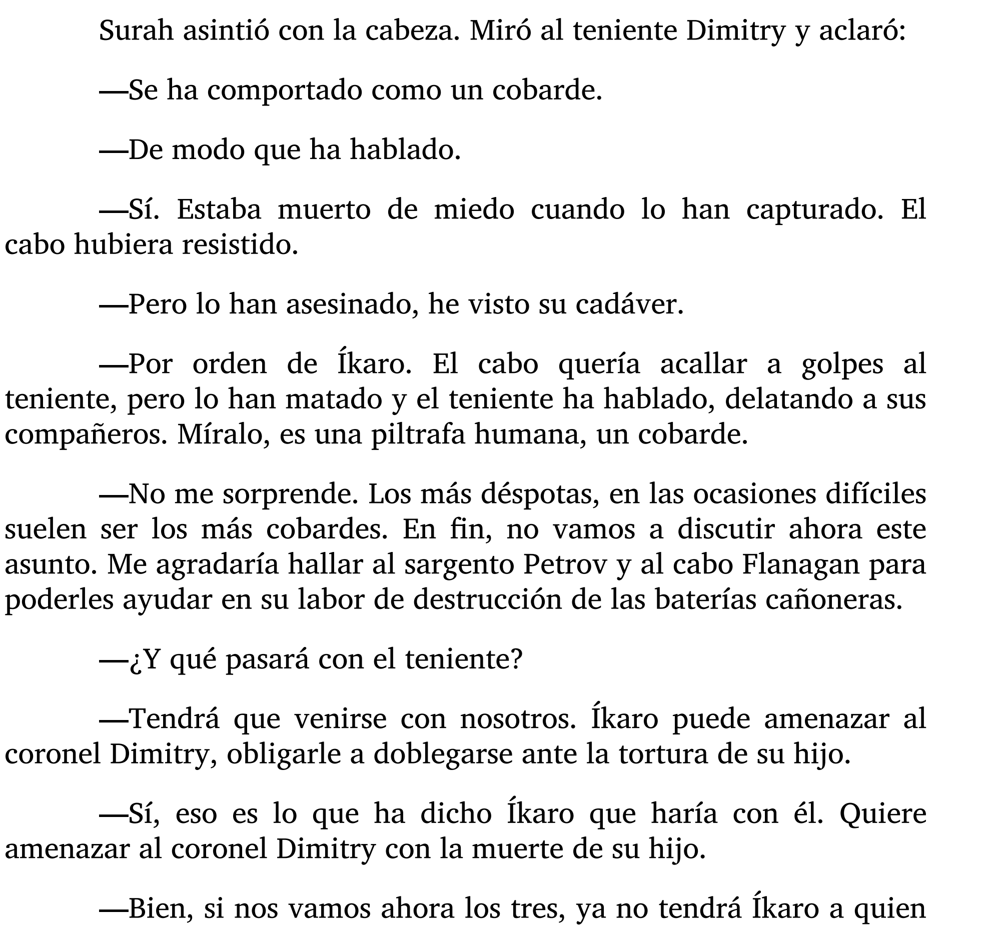
—¿Los has puesto en libertad?

—Sí, pero ignoro por cuánto tiempo. Han salido todos esos amotinados en estampida de la sala de actos, imagino que a buscarme a mí y a los rehenes.

—Sí, y también al sargento Petrov y al cabo que va con él.

Hut frunció el ceño.

—¿Saben qué es lo que tratan de hacer?



Surah asintió con la cabeza. Miró al teniente Dimitry y aclaró:

—Se ha comportado como un cobarde.

—De modo que ha hablado.

—Sí. Estaba muerto de miedo cuando lo han capturado. El cabo hubiera resistido.

—Pero lo han asesinado, he visto su cadáver.

—Por orden de Íkaro. El cabo quería acallar a golpes al teniente, pero lo han matado y el teniente ha hablado, delatando a sus compañeros. Míralo, es una piltrafa humana, un cobarde.

—No me sorprende. Los más déspotas, en las ocasiones difíciles suelen ser los más cobardes. En fin, no vamos a discutir ahora este asunto. Me agradaría hallar al sargento Petrov y al cabo Flanagan para poderles ayudar en su labor de destrucción de las baterías cañoneras.

—¿Y qué pasará con el teniente?

—Tendrá que venirse con nosotros. Íkaro puede amenazar al coronel Dimitry, obligarle a doblegarse ante la tortura de su hijo.

—Sí, eso es lo que ha dicho Íkaro que haría con él. Quiere amenazar al coronel Dimitry con la muerte de su hijo.

—Bien, si nos vamos ahora los tres, ya no tendrá Íkaro a quien amenazar mientras no encuentre a los rehenes. Lo importante ahora sería llegar al «atom-hover». El centro de emisiones de Ío debe de estar muy vigilado.

—Pues vayamos cuanto antes, Hut. No soportaría volver a caer en manos de Íkaro. Te juro que antes preferiría morir.

—Lo comprendo, y te agradezco lo que querías hacer por mí, pero no me ha gustado. —Hut se volvió hacia Dimitry que, como idiotizado, observaba los extremos de sus cadenas cortadas—. Vamos, teniente, hay que huir de aquí. Coja el fusil de ese amotinado.

El teniente les miró estúpidamente. Seguía bajo los efectos de un *«shock»* psíquico y así lo observó Surah, entendida en la materia.

—Se ha visto tan cobarde, ha pasado tanto miedo, que avergonzado de sí mismo sufre un trauma psíquico. Resultará difícil hacerle reaccionar. Como mínimo habrá de pasar un mes en una clínica mental.

—Pues lo siento, pero ahora no podemos prodigarle los cuidados que necesita y debe de reaccionar como sea. Hazte cargo del fusil, Surah es mejor que él no lo lleve. No sabemos lo que haría con el arma en un momento difícil.

—Sí, es cierto. Puede reaccionar de la forma más incongruente en el estado emocional en que se halla.

Hut se inclinó sobre el teniente y lo abofeteó con dureza, sacudiéndole el rostro de un lado a otro.

—Si te sientes un cobarde, se lo cuentas a tu padre. Ahora camina o te encierro en una de esas cámaras para que enloquezcas.

Hubo de tirar del brazo de Dimitry para obligarle a levantarse. Le hundió el cañón del fusil láser en el estómago y le amenazó con la más dura de sus miradas.

—Está bien, tú lo has querido. Si te quedas aquí no será vivo para que Íkaro se aproveche de las circunstancias.

—¡Hut, no lo mates fríamente!

—¡No, no me mate, capitán, no me mate!

De súbito, Dimitry estalló en sollozos, reaccionando como Hut había pretendido. Su rostro, enrojecido por las bofetadas, quedó empapado de lágrimas de vergüenza y miedo.

—Está bien, teniente, no te mato, pero síguenos sin estorbar. Da asco que pongan críos en la milicia. No todos los que han cumplido veinte años son hombres de cuerpo entero.

Todo el interior del edificio se hallaba profusamente iluminado, pero en el exterior seguía imperando la más oscura de las noches.

—¡Hut, allá hay un combate!

Surah estaba en lo cierto. A lo lejos podían verse los rayos luminosos del láser.

—Deben de ser el sargento y el cabo. Vayamos en su ayuda.

Surah corrió junto a Fireman. Tras ellos, torpemente, el teniente Dimitry.

Cuando llegaron a la zona en que se estaba desarrollando el combate, Hut descubrió a uno de los reclusos que disparaba su fusil.

No dudó en emplear el suyo contra él.

El secuaz de Íkaro pagó con su vida aquel ataque.

Otros dos más fueron barridos por el arma de Hut.

—¡Sargento!

Hubo un instante de silencio. Hut sabía que el tiempo apremiaba. Lo mismo que él había descubierto la pelea, otros lo habrían hecho también y acudirían de inmediato.

—¡Capitán! —respondió Petrov, débilmente.

Surah, que había cogido la linterna de uno de los muertos, iluminó en la dirección que oyera la voz del sargento Flanagan.

—¡Allí está, Hut!

Petrov se hallaba en el suelo. Junto a él, muerto, el cabo Flanagan.

—Nos han descubierto, capitán, pero hemos resistido lo que hemos podido.

Hut dirigió una mirada al teniente Dimitry que se hallaba junto a ellos. Este bajó la mirada avergonzado.

—Está herido —observó Surah.

—No me toquen, por favor. Me han dado de lleno y sé que voy a morir. Un soldado de la milicia conoce cuándo va a morir y yo sé que ha llegado mi momento.

En efecto, el dardo de uno de los láser le había alcanzado en el costado. La carne aparecía quemada y al descubierto.

—Sargento, ha cumplido con su deber, es decir, ha ido más allá de su deber. Si es que sobrevivo, lo haré constar.

—Gracias, capitán, pero no busco honores a título póstumo. —Hizo una breve pausa para recobrar fuerzas y poder hablar de nuevo—. Hemos conseguido deteriorar cinco baterías, pero quedan tres.

—Es cierto, hay ocho baterías cañoneras —dijo Surah.

—Les hemos sacado las lentes de unificación de fotones. Las averías no se notan, pero cuando quieran emplear las baterías, la luz será difusa y se convertirán simplemente en focos de luz, no en dardos

letíferos.

—Bien, sargento, es un hombre muy astuto.

—Gracias, capitán, pero aún quedan tres. Una de ellas está en zona Granito, la segunda en el núcleo de los maizales y la tercera en el patio interior que hay en el edificio central del penal.

—¿Cómo lo sabe, sargento?

Escapándosele la vida por la boca, el sargento explicó:

—Sólo tuve que apretarle un poco el pescuezo a uno de esos hijos de perra y habló, sólo era un cobarde, sólo un cobarde.

Sufrió una fuerte convulsión. Surah se inclinó sobre él para sujetarle en el momento de su muerte y al fin quedó sin vida entre sus brazos.

—Ha muerto —dijo pesarosa.

—Ya no se puede hacer nada. Ahora, hay que destruir esas baterías a ser posible. Surah, márchate en compañía del teniente hacia el «atom-hover». ¿Recuerdas el camino?

—Sí, lo recuerdo, pero es tan de noche y...

—Haz lo que te digo. Yo tengo un trabajo que hacer. Después, os daré alcance.

—Como tú digas, Hut, pero no quisiera separarme de ti —dijo la mujer, con expresión suplicante.

—¡Teniente!

Dimitry se lo quedó mirando, pero no dijo nada.

—Espero, por lo menos, que seas capaz de protegerla. Si eso no ocurre, no hallarás un lugar lo suficientemente seguro para esconderte de mí. Ni la influencia de tu padre iba a salvarte de mi venganza.

El teniente siguió sin responder.

Surah besó en los labios a Fireman y se separaron. El teniente recogió del suelo uno de los fusiles láser y comenzó a caminar junto a la mujer.

CAPÍTULO XI

Amanecía lentamente en Ío cuando Hut se internaba una vez más en el edificio central del penal en dirección al patio interior, donde según la información obtenida por el sargento Petrov se hallaba una de las baterías láser.

Hubo de enfrentarse a dos de los amotinados de Íkaro, aniquilándolos para poder seguir adelante, pero no pasó al patio, sino a un corredor cuyas ventanas, situadas a la altura de un primer piso, daban al patio.

Los cinco cañones láser que componían la batería estaban montados en el patio, enfilando al cielo en busca del enemigo, al cual atacar.

Sus servidores estaban junto a ellos, esperando ponerse en acción.

No podían ser muy expertos en el manejo de aquellas potentes armas, pero sería suficiente con que cualquiera de ellas apuntase hacia el edificio para desmoronarlo con su potentísimo rayo.

Tenía que deteriorarlas por lo menos y exponiendo su vida, se colocó tras la ventana cuando la luz tenue del nuevo día iluminaba el patio del penal. Apretó el gatillo del fusil.

El dardo láser dio de lleno en los delicados mecanismos de uno de los cañones. Sin detenerse, pasó el rayo letal de un cañón a otro, deteriorando los cinco.

Los servidores de la batería, asustados por el inesperado ataque, corrieron, alejándose.

Cuando pasada la primera alarma quisieron reaccionar en contra del atacante, los cañones láser ya eran inservibles. Sus piezas más delicadas se hallaban ya fundidas.

Dispararon sus armas contra la ventana, mas Fireman ya había desaparecido.

Halló el paso cortado por varios de los amotinados y se vio

obligado a correr hasta que le llamó la atención una puerta.

Era el despacho del alcaide. Penetró en él, dio vuelta a la llave y se aisló.

—Este puede ser mi mausoleo, pero también puede servirme de mucho —se dijo.

En su gran mesa escritorio, el alcalde tenía una amplio dictáfono. Desde él podía comunicarse con cualquier dependencia, pero una de las clavijas debía de permitirle hablar con todo el satélite. Hut recordaba haber oído la voz del alcaide estando muy lejos del centro del penal. Decidió probar suerte.

Movió las clavijas, buscó una de ellas, pero para mayor seguridad las conectó todas, lanzando al aire su mensaje.

—Atención, atención, reclusos de Ío, os habla el capitán Fireman. El motín ha sido abortado. Las baterías cañoneras están deterioradas. No tenéis ya defensa alguna. Regresad pasivamente a vuestras celdas y os será tenido en cuenta. Ya no hay posibilidad de rebeldía. Las fuerzas del coronel Dimitry, que están en órbita, descenderán en breves minutos y ocuparán el satélite. Los que se nieguen a regresar a sus celdas serán capturados y juzgados con la máxima severidad. Íkaro es sólo un demente que os ha conducido al caos. Ya nada puede, ni siquiera tiene rehenes, pues han sido puestos en libertad. Arrojad vuestras armas y regresad a las celdas. Quienes no lo hagan así lo lamentarán. Ya ha corrido suficiente sangre. Atención, atención, que nadie colabore con Íkaro. Todo regresará a la normalidad. Estoy hablando en nombre de las fuerzas que descenderán de un momento a otro. Estoy seguro de que el Centro de Defensa Mundial estudiará vuestros problemas y se mejorará el sistema de vida en este satélite de castigo.

Cerró las clavijas y distendió el pecho en un suspiro hondo.

¿Le harían caso? Era una solución al problema que estaba por ver. De lo que sí estaba seguro es de que había sido oído de extremo a extremo del satélite.

Se disponía a salir.

Dio vuelta a la llave, pero tuvo el fuerte presentimiento de que no estaba solo. Abrió la puerta, haciéndose a un lado rápidamente.

El lugar en el que debía haber estado fue cruzado por el dardo de un láser, que le hubiera alcanzado de lleno de no tomar su

precaución.

Frente a él había tres hombres. Uno de ellos era Íkaro.

—Capitán, maldito seas. No destruirás mis planes.

—Lo lamento, Íkaro, me subestimaste. Ahora estás solo. Todos han entregado sus armas y vosotros dos haréis lo mismo si no sois imbéciles —dijo Fireman, refiriéndose a los acompañantes de Íkaro.

—¡Imbéciles, matadlo! —ordenó Íkaro fuera de sí, ante la vacilación de sus secuaces.

—Yo os podría matar a vosotros y no lo hago porque es una estupidez hacer correr la sangre ahora que todo ha terminado. Si tenéis dos, tres o cinco años de pena, ¿no os parece un absurdo cambiarla por una perpetua a trabajos forzados? Todo ha terminado, os lo repito. La milicia espacial activa está a punto de descender sobre el satélite y son cientos de hombres.

La vacilación era tan obvia que el propio Íkaro se asustó. La batalla psicológica había sido ganada por Hut Fireman.

De repente, Íkaro echó a correr por las escaleras, gritando desaforadamente:

—¡Tendrás que matarme para que me detenga, hijo de perra!

El capitán Fireman hubiera podido detenerlo disparándole con el fusil láser, mas no lo hizo. No se sintió capaz de disparar a un hombre por la espalda, aunque aquel hombre fuese el mismísimo Íkaro.

—¡Arrojad vuestras armas y regresad a las celdas, Íkaro está solo! —ordenó a los dubitativos reclusos.

Hut corrió en persecución de Íkaro y descendió las escaleras a saltos.

Salió al exterior del edificio cuando Íkaro acababa de montar en un pequeño «atom-hover» de vigilancia.

Todos los reclusos iban regresando con, los brazos caídos, desarmados, sin deseos de luchar más. No tenían escapatoria, ya lo habían oído por todo el sistema de altavoces.

El motín del penal espacial había sido un fracaso y los planes de Íkaro, una locura. Su única defensa había consistido en las baterías

cañoneras, pero aniquiladas éstas, poco les quedaba por hacer y no deseaban morir.

Ante la pasividad de los reclusos que no querían participar más en la revuelta que consideraban fracasada y más al ver la huida de Íkaro, Hut buscó otro de los pequeños «atom-hover» de vigilancia, vehículos reducidos, de sólo dos plazas. Con él se dispuso a cazar al fugitivo, que ya le llevaba una ventaja considerable.

Íkaro había tomado la ruta de la zona rocosa, quizá por pensar que era un lugar idóneo para hacerse fuerte, escondiéndose. Después de todo no poseía una nave que pudiera sacarle del astro que iba a ser invadido de inmediato.

Hut, que le seguía a distancia, comprendió que si continuaba por aquel camino se encontraría con Surah y el teniente Dimitry. Temió que la pareja fuera alcanzada. De ser así, Íkaro los mataría.

Los dos vehículos, como a seis o siete pies del suelo, volaban a gran velocidad en dirección a las rocas.

Lo que más temió Hut era que Íkaro llegara a tiempo al «atom-hover» blindado y pudiera introducirse en él, gobernándolo.

Estaría a salvo y con los cañones de a bordo podría hacer mucho daño. Sintiéndose de nuevo fuerte, sería destructivo.

Puso el pequeño vehículo de vigilancia al máximo de su velocidad, pero no consiguió reducir distancias. Íkaro también debía llevarlo a tope de velocidad y ambos vehículos eran idénticos.

De pronto, Íkaro redujo la marcha, como si hubiera descubierto algo importante.

Por la ventanilla del «atom-hover», disparó con una pistola láser.

Hut supuso que había descubierto al teniente Dimitry y a Surah, que marchaban en aquella dirección.

De entre los campos cultivados brotó otro disparo que averió el pequeño vehículo. Este se tambaleó en el aire, pero Íkaro disparó de nuevo.

Hut, que estaba ya a una distancia aceptable para hacer puntería, disparó contra Íkaro y su vehículo para evitar que éste asesinara a Surah y al teniente.

El «atom-hover», alcanzado de lleno por Fireman, se incendió súbitamente. Cayó al suelo envuelto en llamas. Íkaro salió ardiendo de su interior y Hut, para que la muerte no fuera lenta, disparó contra él, ahorrándole una dolorosa agonía.

Hut Fireman buscó a su alrededor, llamando ansioso.

—¡Surah, Surah!

Redujo la velocidad a paso humano hasta que una voz le respondió:

—¡Hut, Hut!

La joven profesora apareció entre las plantas con su vestido plateado que reverberaba la luz solar.

Fireman descendió del vehículo, abrazando a la mujer desesperadamente.

—¿Y Dimitry?

—Íkaro lo ha alcanzado con su pistola, pero se ha portado bien. El teniente ha sido quien primero ha tocado el «atom-hover» de Íkaro.

—¿Muerto?

—Sí. Íkaro tenía buena puntería.

—Mala suerte, pero quizá sea mejor así. No le contaremos al coronel Dimitry la actuación de su hijo. No es un hombre que merezca nada, pero sería cruel decirle lo cobarde que ha sido su hijo. Después de todo, ha salvado su honor muriendo en la lucha.

—Hut, Hut, cuánto miedo he pasado.

—El motín ha terminado. Ahora, debemos ir en este pequeño vehículo hasta el «atom-hover» blindado para comunicar al coronel Dimitry y al mayor Glower lo que ha ocurrido aquí abajo. El motín de los reclusos de Ío ha sido sofocado.

—Sí, Hut, pero siempre tendré miedo.

—¿Miedo?

—Sí, temeré otro motín como éste.

—Puedes pedir tu baja, Surah. Alega que si te casas tendrás

que atender a tu esposo.

—Hut, Hut, todo esto es una ilusión…

—No, Surah, no es una ilusión, sino simplemente una realidad.

Besaron sus respectivos labios, se abrazaron con fuerza.

Al fin, se introdujeron en el pequeño «atom-hover» para dirigirse al blindado y comunicar a las superfortalezas del espacio que el motín de Ío, satélite de castigo, había sido abortado.

EPÍLOGO

El general Fermory alzó su mirada para clavarla en el capitán Hut Fireman.

—Debo felicitarle, capitán.

—Gracias, señor, pero sólo cumplí con mi deber y me hubiera gustado que los demás milicianos salvaran su vida.

El mayor Glower, también presente en la entrevista al igual que el coronel Dimitry y la propia Surah, objetó:

—El motín en el satélite de castigo fue de tal magnitud, que las vidas perdidas, por importantes que fueran, no representaron un número muy elevado afortunadamente.

El coronel Dimitry, grave y circunspecto, admitió:

—También yo tengo que felicitarle, capitán Fireman. Dudaba de usted en un principio, pero su esfuerzo y valor han quedado patentes. Cuando desembarcamos en Ío con nuestras fuerzas no hallamos la menor resistencia.

El mayor Glower añadió:

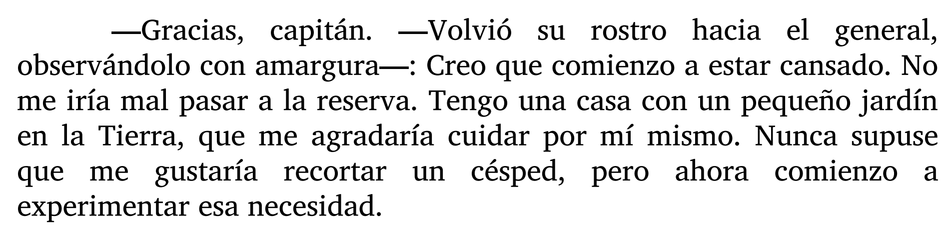
—Ahora, se abrirá la investigación y los culpables serán castigados. No hay que olvidar a los carceleros y demás personal asesinado.

—Los culpables serán sentenciados —ratificó el general Fermory.

Hut se volvió hacia el coronel Dimitry y, olvidando la cobarde actuación del joven teniente, dijo:

—Murió luchando. Él fue quien derribó el «atom-hover» en el que huía Íkaro.

Surah tuvo que apretar los labios para no revelar la verdad, como Hut Fireman había pedido Prefería que el coronel Dimitry se sintiera orgulloso de su hijo muerto.



—Gracias, capitán. —Volvió su rostro hacia el general, observándolo con amargura—: Creo que comienzo a estar cansado. No me iría mal pasar a la reserva. Tengo una casa con un pequeño jardín en la Tierra, que me agradaría cuidar por mí mismo. Nunca supuse que me gustaría recortar un césped, pero ahora comienzo a experimentar esa necesidad.

—Envíeme su petición por escrito, coronel, la tendré en cuenta —dijo el general Fermory—. Le pasaré al Alto Mando de la Tierra.

—Gracias, señor.

Saludó militarmente y se retiró del despacho.

—Capitán, le hemos dado una oportunidad y ha colaborado más allá de su deber.

—Oh, no, general, no me proponga para ninguna condecoración. No me atraen las medallas.

—No se precipite, capitán. Quería hablarle de otra cosa.

El mayor Glower apoyó las palabras de su superior, objetando:

—Y creo que le interesará más.

Hut Fireman escrutó a ambos con sus pupilas verdosas, interrogante.

—¿De qué se trata?

—Se está escogiendo personal altamente cualificado entre los spaceman para un proyecto que está en cartera, se trata de viajar a Neptuno. Usted es uno de los más expertos y cualificados.

—No me digan que han pensado en mí para el grupo explorador de Neptuno —dijo, reprimiendo a duras penas su entusiasmo e ilusión.

—Sí, capitán. Usted podría ser el comandante idóneo para esa misión.

—Surah, ¿has oído?

Ella le miró con ojos alegres y tristes a la vez. El comprendió y, volviéndose hacia el general, observó:

—Lo lamento, creo que no podré aceptar. Tengo otros proyectos *in mente*.

—Capitán, se me olvidaba decirle que el proyecto es mixto, es decir, participarán en él hombres y mujeres y nada mejor que un joven matrimonio. La profesora Surah, si lo desea, queda admitida en el reducido grupo de los spaceman.

Surah y Hut Fireman, con la alegría brillando en sus ojos, se abrazaron delante de las narices de Glower y el propio general, que carraspeó, mas nadie escuchó su carraspera provocada.

Al fin, ambos militares optaron por abandonar el despacho; Hut y Surah aún tenían para mucho rato.

FIN

PUNTO ROJO

intriga...

PUNTO ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España